



PREMIOS 2021

XLI CONCURSO NACIONAL
A LA CULTURA LABORAL



REPÚBLICA DE PANAMÁ
GOBIERNO NACIONAL

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**



BICENTENARIO
Independencia de
Panamá de España
1821 - 2021

"UN RECORRIDO DE 200 AÑOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE NUESTRA NACIÓN"

CATEGORÍAS



PINTURA



ESCULTURA



ARTESANÍA



CUENTO



POESÍA



FOTOGRAFÍA



DÉCIMA

ESCRÍBENOS
63068909



MEMORIA

2021

M E M O R I A

2021

IPEL

PREMIOS 2021

XLI CONCURSO NACIONAL

PREMIOS IPEL

**Tema: Bicentenario de la República:
Un recorrido de 200 años en la
Construcción de nuestra nación**

Arte y cultura de los trabajadores

**Ministerio de Trabajo y
Desarrollo Laboral**

**Doris Zapata Acevedo
Ministra**

**Roger Alberto Tejada
Vice-ministro**

**Winston I. Sánchez A.
Secretario general**

**Instituto Panameño de
Estudios Laborales**

**Román Gordón Randolph
Director técnico**

**Jorge Elías Murillo
Sub-director**

INTRODUCCIÓN

El Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral (MITRADEL), ente gubernamental encargado de la promoción de políticas públicas dirigidas al fortalecimiento de la paz social y el respeto a los derechos fundamentales en el ámbito de las relaciones de trabajo, ejercidas fundamentalmente por los trabajadores y empleadores, realiza una serie de actividades que inciden positivamente en el cumplimiento de sus responsabilidades.

El Instituto Panameño de Estudios Laborales (IPEL), adscrito al MITRADEL, que promueve la formación superior, capacitación, investigación y difusión cultural, planifica, organiza y ejecuta cada año, el Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral en el cual se incentiva a los trabajadores a participar en el mismo a través de la presentación de las obras artísticas dentro de las siete categorías establecidas, siendo estas: escultura, artesanía, pintura, décima, cuento, poesía y fotografía.

La presente memoria identifica a los ganadores por categorías y muestra precisamente las obras ganadores del Concurso en su XLI versión, que llevó como tema: *“El Bicentenario de la república: un recorrido de 200 años en la construcción de nuestra nación”*.

Este año recibimos 312 obras de artistas que confían en este prestigioso concurso.

El premio se distribuye de la siguiente manera: B/.5,000.00 para los primeros lugares, B/.3,000.00 para los segundos lugares y B/.2,000.00 para los terceros lugares: haciendo un total de B/.70,000.00 balboas en premios.

Felicitamos a todos los participantes, ganadores del concurso y agradecemos a todas las entidades gubernamentales y privadas que hicieron posible la realización de este magno evento, que enaltecen la cultura laboral en sus diferentes expresiones.

En este Bicentenario de la República de Panamá, Dios siga bendiciéndoles y que sigan otros 200 años más de recorrido por nuestra nación. Viva Panamá!

Premios IPEL 2021

CONCEPTO Y CREACIÓN DEL AFICHE

Los conceptos visuales que hemos utilizado en la representación gráfica del concurso Premios IPEL 2021, nos remonta al universo de los trabajadores panameños dentro de una piragua, esa nave ancestral que representa el camino construido a través de 200 años como nación, por los miles de panameños y panameñas que han aportado su sudor y sangre para lograr el Panamá en el que hoy vivimos.

Es el camino que nos transporta a un Panamá rico en recursos naturales, de abundancia de peces y mariposas de exuberante belleza, que nos coloca en el mapa como sitio de tránsito obligatorio en todo el Continente Americano.

Los primeros pasos nunca son fáciles y menos cuando se trata de la construcción de una nación y en ese sentido, el camino que traza nuestro recorrido está lleno de muchas huellas, que denota el camino delante, los trabajadores como principal tesoro y el Panamá que queremos.

De fondo una ciudad que se descubre detrás de un verdor montañoso dejando ver un cielo y mar en calma que nos espera, fortaleciendo nuestra identidad, avanzando siempre hacia adelante, en unidad. ¡Construyendo nuestra nación!

El concurso nacional Premios IPEL a la cultura laboral ha exhortado a plasmar en las obras artísticas la representación visual y literaria de esas vivencias, sueños e ideales que colocan al trabajador como nuestro tesoro más importante.

Es ese protagonista que se muestra de cualquier etnia, religión o raza, pero que fortalece nuestra identidad como nación.

Panamá festeja unido su bicentenario de independencia de España.

AFICHE PROMOCIONAL PREMIOS IPEL 2021

Representa Panamá rica en abundancia Natural (Peces y mariposas)

Cada objeto representa a los trabajadores que viajan a su destino

La piragua representa el transporte que lleva al ser máspreciado, que es el trabajador panameño en los 200 años de recorrido construyendo la Nación.

Representa el avance a la construcción de la nación

El río representa el camino, que nos lleva a nuestro destino, a pesar de los obstáculos.

CATEGORÍAS

- PINTURA
- ESCULTURA
- ARTESANÍA
- CUENTO
- POESÍA
- FOTOGRAFÍA
- DECORACIÓN

"UN RECORRIDO DE 200 AÑOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE NUESTRA NACIÓN"

ESCRÍBENOS 63068909

<https://www.mitradel.gob.pa/wp-content/uploads/2021/02/BASES-2021.pdf>

<https://www.mitradel.gob.pa/ipel-digital/>

<https://youtu.be/EQ-dRKLW-xo>

<https://sketchfab.com/premiosipel/collections>

PROMOCIÓN Y DIVULGACIÓN DE LOS PREMIOS IPEL



Provincia de Chiriquí



Provincia de Panamá Oeste



Provincia de Coclé



Provincia de Colón



Provincia de Herrera



Comarca Ngäbe Bugle

GALERÍA DE ARTE IPEL “PEDRO HURTADO”

Con una visión de Cultura Laboral, esta administración toma la iniciativa de darle el sitio que se merece a los trabajadores del arte, en esta ocasión, a los ganadores de los Premios IPEL, que en sus 41 años no tenían el espacio y tampoco la admiración del público.

En medio de adversidades y pandemia, se ha logrado crear la GALERIA DE ARTE IPEL, la casa permanente de las obras ganadoras de los diferentes años, en donde podrán encontrar las Pinturas, Esculturas y Artesanías, expuestas para todo público. Celebrando un logro más y aportante al Arte y la Cultura panameña.



CATEGORÍA CUENTO

Reseña histórica

En 1978 el entonces Ministerio de Trabajo y Bienestar Social, por medio del Instituto Panameño de Estudios Laborales, máximo organismo de educación obrera en el país, institucionalizo los certámenes culturales para los trabajadores panameños.

Primeros ganadores de la categoría en el año 1978

1er. Premio: Eric Arce

2do. Premios: Marcos Wever

3er. Premio: Eric Arce

Jurados:

- Raúl Leis
- Rogelio Sinán
- Ernesto Endara

Ganadores de Cuento

1er. Premio

Título: El legado de Itai
Seudónimo: Pandora
Autor: Linda Jean Maquivar Espinosa
Provincia: Panamá



ITAI

Cuando Itai abrió los ojos sonrió. Veía colgado del techo de la choza el pájaro de múltiples colores que le había tejido Otore. Otore Akai, Akai del hogar de los que lo saben todo. El patriarca Akai tenía mucho conocimiento de todo lo que había a su alrededor.

Conocimiento heredado de sus antepasados, conocimiento que iba de mano en mano a toda su descendencia.

Hacia unos años que Akai había decidido pasar su mano a los descendientes de otros hogares. En las tardes después de la labor y el segundo sagrado él se reunía con todos los que querían aprender su legado. Itai le gustaba ir a esas reuniones. El sol anterior Otore le había enseñado a hacer el ave de múltiples colores con el sudor de las semillas y plumas que había recogido en el bosque. Cada semilla sudaba un color diferente. Cada color se ponía en pocillos de piedra y se iban añadiendo a las hebras de las hojas previamente secas. Se hacían tiras, se tejían y luego con destreza se tejían convirtiéndolas en aves, canastos, taparrabos, todo lo que uno quisiera.

Itai recordaba cada detalle mientras Tarita la llamaba. Saltó y se dirigió a su lugar mientras miraba el cielo, faltaba poco para que las flores abrieran. Debía comer el primer sagrado para ver a la Gran Madre. El delicioso aroma hizo cosquillear su interior, ya todos estaban reunidos alrededor del hogar esperando su porción. El agua hervía y todos querían

ser el primero. Tarita servía, ese era su honor, ella era la que unía este clan de los Acá, los que bajaron de la montaña. Maya era la primera de Tarita. Itai era la primera de Maya y segunda de Tarita. Luego seguían More, varón y el primero de Maya y Eka la segunda de Maya. A lo lejos Itai vio acercarse a Rore el principal de los Acá y a su mayor Apare. Apare era su gran amor. Siempre cuidándola, siempre orgulloso de su pequeña Itai. Tres soles atrás, Rore y Apare se habían ido a la montaña, al lugar secreto y traían alimento para una semana de sagrado. Rore y Apare se unieron al grupo y Tarita les entregó el sagrado en hojas tejidas de palma. Al primero en servir fue a Rore, Tarita era la uno de Rore, la mayor del clan. Rore tenía dos mujeres más, Cane y Soyu, ellas comían el sagrado en otra choza. Rore era de un clan poderoso, tenía lo que podía alimentar por eso su lugar secreto era de gran interés en la comunidad de la Gran Madre. Mientras comían, Rore vio salir de la maleza algunos miembros de la comarca. Apare le sonrió a Rore. Desde que salieron tres soles atrás los habían estado siguiendo. No pudieron alcanzarlos hasta el sitio secreto. Llevaban años haciéndolo pero Rore era astuto, siempre usaba distintos caminos. La familia admiraba a su Gran Mayor y Apare aprendía todo de él.

Itai prácticamente engulló el sagrado. Estaba feliz de ver a su mayor Apare pero las ansias de ir a la Gran Madre la tenía intranquila. Tarita la observaba de reojo y se sonreía. Itai había vivido catorce floraciones de la Gran Madre. Hacía dos lunas Itai había germinado y todos estaban felices. Cuando la Gran Madre floreciera, todas las niñas en su misma condición adornarían sus cabezas con las flores de la Gran Madre y se juntarían en el centro de la Aldea. Cada hogar haría sagrado para todos y cantarían para la buena esperanza de cada niña. Ellas eran el futuro de la Aldea, se esperaban hombres fuertes y mujeres fértiles de ellas. Tarita y Maya veían con buenos ojos la amistad de Itai con Otores. Su clan también era poderoso y noble. Conocían los atributos de las plantas y sabían de construcción. Una unión así fortalecería el clan Acá. Pero Rore siempre callaba, él veía a Itai todavía como una pequeña.

Itai dijo “ecaba, odoe aya bae?” (Terminé, ¿Puedo ir a la Gran Madre?). Rore miró a Tarita y ella le devolvió una sonrisa. Rore movió la cabeza e Itai salió corriendo dando vueltas para ir donde la Gran Madre. En la aldea ya se veía movimiento, los lugareños terminaban el sagrado y empezaban sus quehaceres. La aldea cubría un espacio de cinco grandes casas de los clanes mayores incluyendo el de Obebe, dominante en la aldea y venerado por su sabiduría. Itai alzó la mirada y vio a Zore el mayor de Apare. La saludaba y le gritaba “Cabe, rera, tare!” (¡Corre, ríe y cuídate!) mientras reía. Otras niñas se unieron a ella. Todas sabían a dónde iba y todas querían ir también. En ese momento Kobre, del

clan Mitoya, los que todo lo ven, venía corriendo y gritando, “¡Amitaya, amitaya! (¡alerta, alerta!) Señalando el camino a la Gran Madre donde estaba la gran mirada, donde se puede ver el mar unido al manto del cielo en uno. Itai apresuró la carrera y empezó a ver a la Gran Madre. Todas las niñas corrían con ella. La Gran Madre estaba en la loma, era frondosa, exuberante. Sus ramas robustas se alzaban al sol y luego caían. Era fácil de trepar. Los niños y los adultos gustaban de conversar a su sombra o solamente admirar el mar. Al final de las lluvias florecía de un color sangre y era la época de la bendición de las niñas del poblado. El mar era azul transparente con gotas turquesa. Y el cielo copiaba su color y se volvía uno. Desde la Gran Madre se podía ver la playa, pequeña pero lo suficiente para pescar, recoger cangrejos, o simplemente nadar. A veces se llevaban troncos de árbol seco y se podía ir un poco más lejos. Era peligroso, solo los adultos lo hacían. Itai y las niñas se quedaron sorprendidas. No habían visto un árbol seco tan grande como ese en el mar. Se podía ver desde lejos. Arriba del árbol seco había una gran nube agarrada de largas lianas. Todas sintieron escalofrío. Abajo, al pie de la playa se acercaban Akai, Rore, Zore y Kobre. Obebe ya estaba firme, viendo la barca mientras el viento soplaba en su cara.

“¿Akai, haz visto alguna vez esto?” Akai demoró un poco en contestar, pero la verdad era que no. Obebe le preguntó nuevamente “¿Tus antepasados te hablaron de esto?”. Esta vez fue Kobre quien contestó pausado pero con firmeza. “Si, pero muchas lluvias atrás, detrás de las montañas, donde el agua está en calma”. Se agachó y recogió seis conchas, las fue poniendo una tras otra y luego mientras las señalaba dijo, “Lluvias atrás me encontré en un viaje buscando alimento a una familia del grupo del agua en calma”. Mientras hablaba iba dibujando en la arena repitiendo lo que le habían contado. “Esa luna dormimos juntos y me hablaron de hombres como tú y yo pero del color de la luna, altos, con ojos de agua y pelos en la cara como las hojas de la gran madre”. “¿Y qué trajeron?” Preguntó Obebe. Kobre contestó, “Tristeza. Ellos estaban huyendo porque los extraños se lo llevaban todo y los obligaban a buscar esto”. Kobre señaló el collar que colgaba en su cuello con la imagen del halcón que distinguía su clan. Hubo un silencio y Zore habló, “Antes del sagrado llegaron, debemos reunirnos y decidir. Yo digo que las niñas se recojan en el hogar. Sonpreciadas y siempre las roban”. Obebe miró hacia la Gran Madre, señaló a las niñas con su vara e hizo un movimiento apuntando la aldea. Todas las niñas quedaron sorprendidas, y con temor corrieron a la aldea. Debía ser algo grave para que las mandaran a sus casas.

Itai llegó corriendo a su hogar donde Maya y Tarita la esperaban. “¿Qué pasa? Otore vino a buscar a Rore porque Kobre avisó de un alerta”. Itai les contó del gran árbol que venía hacia la playa y que los grandes clanes se iban a reunir. “Obebe había mandado a todas las bendecidas y por bendecir a regresar a los hogares”. Tarita abrió los ojos, solo se hacía esto cuando otro grupo atacaba para robar bendecidas. Algunos clanes que quedaban sin mujeres atacaban poblados cercanos para robar y fortalecer la descendencia. Escondieron a Itai y Eka en la parte oscura del hogar, la de barro y paja que protegía cuando llovía. Allí estarían hasta que se terminara la reunión de los grandes y se decidiera lo que se iba a hacer.

La reunión fue corta. Se reunieron los clanes mayores y menores. Era una alerta y todos debían actuar. Obebe le cedió la palabra a Rore para contar lo que estaba sucediendo mientras Kobre repetía dibujando en la tierra lo que ya les había contado a los clanes mayores en la playa. Obebe aprovechaba ese tiempo para pensar lo qué podían hacer en tan poco tiempo. Al terminar, Rore miró a Obebe quien empezó a hablar, “No sabemos si lo que viene son los hombres que Kobre habla. No sabemos si vienen para bien o para mal. De todas formas debemos prepararnos para lo que no sabemos. Akai, ve preparando las puntas con sudor ranas y semillas. Que den muerte. Todas las mayores se quedan a cuidar las bendecidas y por bendecir. Rore y Zore preparen las cerbatanas y las varas con punta. Escóndelas cerca para cualquier movimiento”. En ese momento Obebe se quitó su collar que distinguía su clan. Era la cara de un jaguar con piedras verdes por ojos. Se lo entregó a su primero. “Escondan sus distinciones y todo lo que brille. Que piensen que no hay nada. Eso nos dará tiempo. Los segundos se quedaran a cuidar la aldea, los primeros iremos a recibir a los extraños que ya deben estar llegando. Kobre ven con uno de tu clan para avisar lo que esté pasando a la aldea. Las mujeres todas vayan a sus hogares con los segundos. Cada clan se encarga de su hogar”. Al terminar, Obebe empezó a caminar nuevamente a la playa. Estaba preocupado, esto no lo veía bien. Esperaba estar equivocado.

Estando en la playa, vieron como del árbol grande lanzaban arboles más pequeños que flotaban y en cada uno iban de cinco a seis hombres como ellos pero de piel como la luna.

¿Estaría Kobre en lo correcto? Venían a conquistar y robarles los valores. Obebe cerró brevemente los ojos y recordó a su padre mientras cazaban un pecarí, lo veía a lo lejos, fiero, con los colmillos afilados, eran regordetes y con escaso pelo. Esos salvajes eran

buenos para el sagrado. Su padre le dijo cerca del oído, en tono bajo, “Observa, analiza y luego ataca si esa es tu ventaja. Si no lo sabes, observa y cuida tu bien hasta ver cuál es la ventaja de él”. Obobe abrió sus ojos y vio como llegaban los hombres color de luna a la playa. Un frio le recorrió su cuerpo. Cuarenta lluvias habían pasado y ésta era su primera vez con hombres como estos.

Los hombres color de luna venían con varas con punta, su piel iba cubierta con armaduras brillantes, igual que sus cabezas. Blandían largas espadas afiladas, podían cortar a muerte a un hombre. “Observa, cuida tu bien hasta ver cuál es su ventaja”, dijo Obebe mirando fijamente a los hombres color de luna. Él fingía hablarles, pero en realidad hablaba a los primeros y segundos que lo acompañaban. “Están armados, la muerte llevan en sus armas”. Siguió observando y miró a los hombres que acompañaban al que estaba a cargo. Los hombres se veían cansados, angustiados, débiles por hambre y traían enfermos. Esto no era bueno, los enfermos son peor que sus armas. Los enfermos son muerte silenciosa. Esto era un gran problema. “Kobre, avisa que vienen armados, con hambre y enfermos. Las segundas atenderán el hogar, las primeras, atenderán a los enfermos. Los varones deberán aguardar en alerta. Esto hay que manejarlo con cautela”. Kobre miró a su segundo, este se fue separando del grupo y sigilosamente se dirigió a la aldea. Kobre miraba a los extraños y recordaba la mirada de terror con la que le miraban los del agua en calma. Empezó a pensar en sus primeras, en la seguridad de su clan.

El jefe de los hombres de color de luna habló y con una lengua extraña, también daba órdenes a sus hombres mientras se presentaba ante Obebe. “Soy el capitán Diego Victoria de Castilla y vengo de la Gran España a traerles el mensaje de nuestra Reina. Vosotros sois conquistados y a partir de ahora les deben obediencia”. Sacó la espada de su vaina y la alzó al cielo. “A partir de ahora, sois súbditos de su Majestad La Reina Isabel de Castilla y Aragón por gracia de Dios”. Puso la punta de la espada en el hombro de Obebe mientras los clanes miraban este gesto como amenaza, los conquistadores seguían su ritual de dominio. “Te nombro embajador de este caserío de las Indias y lo llamaremos Castilla la Nueva y tu nombre ahora es Pedro de Castilla la Nueva”. Obebe no entendía su lengua, pero observaba que los extraños se sentían poderosos y superiores ante ellos. Estaban hambrientos, enfermos pero se sentían poderosos, cómo se sentirán cuando tengan alimento y salud. Serán incontrolables. Era un gran dilema el cómo proceder. Kobre se acercó a Obebe y le susurró. “Sigamos observando, están débiles y podremos controlarlos mientras se reponen”. Obebe contestó, “No podemos demorarnos, sus armas son

poderosas, cuando se sientan bien, atacaran”. Kobre ripostó, “Sí, pero ahora estamos desarmados y no podemos enfrentarlos”. Kobre tenía razón. Obebe le hizo un gesto de bienvenida a Don Diego Victoria y Diego Victoria reconoció a un aliado en Kobre. Obebe al no entender lo que había dicho Don Diego Victoria, su gesto de bienvenida daba como aceptada entre los españoles lo que su jefe había dispuesto, por lo que empezaron a dar gritos de victoria y alegría. Tendrían comida y tal vez cura para los enfermos.

Los aldeanos vieron llegar a Obebe con Don Diego a su lado lo que daba una muestra de igualdad. Todos entendieron que Obebe había convencido a los extraños de respetar la aldea.

Cada lado entendió lo que esperaban, lo que convenía. Pero la realidad es que ambos grupos estaban a distancia de lo que verdaderamente pensaban.

Los aldeanos se sintieron con algo de confianza para acercarse y ver si era cierto lo de la piel color de luna, de los ojos de agua y los pelos en el rostro. Se preguntaban por qué llevaban cubierta la piel. Eran corazas como las que llevaban las tortugas. Debían ser muy pesadas para subir los árboles y caminar en la selva. Se ahogarán de calor.

Era la hora del sagrado y los extraños fueron alimentados. Los enfermos fueron repartidos entre las primeras que se encargaron de observarlos. Otores visitó cada hogar para ver que cura podía Akai preparar. Por ahora, Akai seguía el mandato de Obebe. Preparaba en silencio las puntas envenenadas.

En el hogar de Itai, Maya y Tarita observaban al extraño. Su cuerpo cubierto por una pesada armadura. Maya y Tarita no comprendían cómo este hombre podía caminar con tanto peso. Debía estar ahogado por el calor, pronto llegaría el tiempo de lluvia y estos hombres morirían con la piel cubierta con esa coraza de tortuga. Itai escondida escuchaba todo lo que Maya y Tarita hablaban. Maya se le acercó a la cara cubierta de pelo y le dijo a Tarita, “No tiene tanto pelo en la cara, es joven, un poco más que Otores”. Tarita comentó, “Y más alto”. De pronto el joven extraño abrió los ojos y las dos mujeres dijeron con asombro, “¡Ogame!, ¡Ogame!”. Le acercaron una vasija con agua y le dieron a beber. Lo empezaron a revisar y se dieron cuenta que el joven estaba deshidratado, pero no lucía enfermo, ni herido, lo que tenía era mal de monte. Necesitaba, agua y descanso. Fueron avisarle a Otores que no era necesario venir a verlo.

Itai, lo había escuchado todo. Moría de curiosidad por saber que había en los ojos del extraño para que su primera dijera “Ogame”. Ogame significaba cuando el agua y el cielo se unen. Sería verdad lo que Kobre decía, que tenían los ojos como agua. ¿Saldría mar de sus ojos?, habría que ver eso. Se acercó despacio al extraño mientras él dormía. Si, era un poco mayor que Olore pero más alto, con la piel del cielo claro, con el pelo apenas en la cara de color de las flores de la Gran Madre. Le tocó la cara y no se despertaba. Había que hacerlo rápido, porque a Maya y Tarita no les iba a gustar verla fuera del escondite. No había de otra, y le pinchó el ojo con sus dedos. El extraño abrió con dolor los ojos y vio la cara de Itai casi pegada a la suya. Itai, igual que su primera se sorprendió y exclamo, “¡Ogame!”. A lo que el extraño respondió, “¿Ogame?” moviendo la cabeza como si no entendiera. Nuevamente se desmayó. Itai escucho a su primera llegar y decidió esconderse pensando en Ogame.

Esa noche cuando todos estaban durmiendo, Itai cogió una rama y empezó a pinchar al extraño hasta despertarlo. Él se sintió confundido, ella le hacía seña para que la siguiera, no sentía confianza pero, joven al fin, decidió ir con ella. Itai lo condujo por la ruta larga, entre los matorrales. El sendero que solía usar cuando se escapaba en las noches para visitar la Gran Madre y ver ogame.

Llegaron donde la gran madre e Itai subió ligera entre las ramas. El extraño la seguía lento, desconfiado. La luna era llena esa noche. Había claridad, Itai lo sabía. Con júbilo dijo, “Ogame” y señalo el cielo donde se unía con el mar, luego lo señaló a él y después se tocó sus ojos diciendo nuevamente “Ogame”. El extraño sonrió, si sus ojos eran intensamente azules, del mismo color que se veía en el horizonte en ese momento, del mismo color que tenían todos los varones de su familia. Algunos decían que era un defecto, pero su mirada siempre causaba revuelo a dónde llegaba. El extraño vio a la joven indígena reír, ella estaba contra la luz, el hechizo de la luna la iluminaba como a un ángel, igual que a los ángeles de las catedrales su país. Se veía mágica, nunca había visto a una joven así, sin nada, contra la luz de la noche y lucir tan inocente. Estas personas no cubrían su cuerpo, todos iban tal cual habían nacido pero no sentían rubor ni malicia, para ellos ir así era natural. Itai bajo de las ramas a su encuentro y el extraño le dijo, “Yo no soy Ogame, soy José María Barrios”. Ella le contestaba asintiendo, “Ogame”. Siguieron tratando de entenderse y mientras el extraño le repetía su nombre varias veces, la niña solo reía. Una cosa llevó a otra e Itai fue tocada antes de su bendición mientras repetía “Ogame”. Antes

del amanecer regresaron por la misma ruta. José María se acostó y quedó inmediatamente dormido. Itai se sentía revuelta y angustiada. No sabía lo que había pasado. Se sentía feliz, pero infeliz. ¿Que sería todo esto que sentía? Alzó los ojos y se encontró con la mirada fija de su abuela. Cerró los ojos y se hizo la dormida. Se quedó dormida. Tarita la seguía mirando. Algo había pasado, dio la vuelta y se fue acostar.

Al día siguiente, en la mañana, José María se levantó al oír los gritos de su capitán, “¡Cadete! Salimos inmediatamente”. José María empezó a recoger sus cosas y de pronto repara en la mirada asustada de Itai. Allí, en el rincón se veía diferente, era una niña. ¿Qué había hecho él?, miró aturdido, dio tres vueltas, buscando, pensando y mirando a la niña. Se acercó a ella. Itai le acarició su barba incipiente, ella ya no era una niña. José María no sabía qué hacer y escuchó nuevamente, “¡Cadete!”. En un impulso le besó la frente, se arrancó del cuello el collar que llevaba puesto y se lo entregó. Salió corriendo, Itai nunca más lo volvió a ver.

LO QUE NO SE PUEDE OLVIDAR

Itai estaba sentada bajo la sombra de la Gran Madre, ya habían pasado veinte lluvias, mucho había recorrido para estar nuevamente en ese lugar y recordar lo que no se puede olvidar. Habían otros en el lugar, recordando. Todos en silencio. A su lado, su primero, esta vez la había querido acompañar, cuidarla y conocer su origen. El sol del ocaso hacía brillar su collar, se lo quitó y se lo entregó a su hijo. Era hora de contarle la verdad. “Ogame, ven, siéntate aquí conmigo”.

Cuando José María salió del hogar de Rore, afuera lo esperaba Don Diego acompañado de su segundo a bordo. En la noche habían estado conversando con Kobre y les había hablado con dibujos de otro mar que quedaba a poca distancia. Tal vez a una semana o dos de camino. El descubrir ese otro mar era importante para la expedición. Ya habían perdido dos barcos, los hombres estaban enfermos, él tenía que regresar con algo valioso, como la información de ese nuevo mar. Kobre sería el guía y los llevaría por un sendero seguro. A José María le parecía que era muy precipitado pero no tenía voz en esta decisión, el capitán era la autoridad. Con el capitán irían nueve hombres incluyéndolo a él. Don Sebastián, el segundo a bordo se quedaría en el poblado encargado de los veinticinco hombres restantes y el control de los indígenas. Kobre le pidió a Lele, su segundo, que lo acompañara. Obebe aprovechó esta decisión repentina para reunirse y elaborar una estrategia. Él sabía que no había sendero seguro, con sus cuerpos cubiertos el mal de

monte los iba a enloquecer. Después de varios días, no iban a saber cómo regresar al poblado, solo Kobre sabía cómo ir y venir. Kobre tendría que decidir la vida de esos hombres.

Después de una semana, los hombres de la aldea empezaron a recuperarse, Akai suministraba los remedios según su instinto, pero algunos estaban tan enfermos que murieron. Finalmente en la aldea quedaron 17 extraños vivos, diez recuperados. Pasaron semanas y la incertidumbre, el hastío y la desesperación empezaron a embargar los sentimientos de los marinos iniciando desavenencias entre ellos. Don Sebastián queriendo arreglar las cosas, no se decidía a qué bando apoyar, quería que hubiera un acuerdo entre todos. Los días pasaban y la desesperación aumentaba al borde de un motín. Los indígenas estaban ya preparados para responder, pero sabían que la lucha, si la había iba a ser cruel. Habían visto practicar a los hombres con sus armas y eran poderosas. Como cubrían sus cuerpos con armaduras, los indígenas tendrían que ser muy certeros para poder acertar con los dardos venenosos. El temor entre algunos de los indígenas fue creciendo y a alguien se le ocurrió ofrecer su oro para lograr que se fueran. Esto aceleró el motín y los españoles empezaron a saquear las viviendas. Así también encontraron a las bendecidas y por bendecir y se juntó la codicia con el deseo. Apare llevó a las bendecidas y por bendecir de su clan y el de Akai al lugar secreto. Olore lo acompañó. La pelea entre los indígenas y los españoles fue sangrienta. Cuando Kobre regresó con Lele y cinco sobrevivientes a la aldea el ambiente era otro. Había indígenas empalados, mujeres y niñas violadas y los hombres estaban sometidos. Los habían dejado sin alimento y agua para debilitarlos. Las cabezas de Obebe, y Zore estaban empaladas en la mitad de la aldea para obligar la obediencia de los indígenas. Kobre quedó horrorizado mientras Don Diego, caminaba apoyado en una vara improvisada. Se decía a sí mismo, “¿Qué había hecho Don Sebastián? ¡Dios mío, había perdido el control de los hombres! El viaje había sido un fracaso, nunca encontraron el otro mar. Construir un asentamiento iba a ser imposible con tan pocos hombres. Su deseo era regresar a casa”. Entre los hombres sobrevivientes no se encontraba José María, José María había encontrado la paz en la selva.

En la selva, durante el camino de regreso a la aldea, Don Diego rezaba en silencio pidiéndole a Dios que le devolviera su barco para retornar a España y no volver más a ese infierno. Una vez llegó a la aldea, organizó a los hombres que quedaban y regresó a España, nunca más regresó. En cambio Don Sebastián regresó y fundó su comunidad en el nuevo mundo.

Cuando las bendecidas y por bendecir regresaron del lugar secreto, todo era diferente. Kobre le contó a Rore el final de José María por el veneno de una serpiente, cuatro murieron de mal de monte. Los demás horrorizados, prefirieron regresar antes de llegar al otro mar. Los españoles tardaron dos días en zarpar. No esperaron a reponerse completamente. Don Sebastián quería quedarse, había saboreado el poder y anhelaba empezar la colonia, pero quedaban muy pocos hombres para navegar el barco. Lo pusieron a votación y pocos eran los que querían quedarse, finalmente Don Sebastián decidió regresar. Con la experiencia, ya sabía lo que necesitaba traer en el próximo viaje. Vendría bien preparado, terrateniente de sus propias tierras deseaba ser virrey. Para dar fe de estas nuevas tierras, secuestraron nativos entre ellos a la pequeña Eka. Rore murió meses después a causa de las heridas recibidas en la batalla, Maya al igual que otras mujeres de la aldea empezaron a enfermar y perder la razón. Había momentos en que no podían hacer sus labores diarias, finalmente murieron ciegas sin reconocer a sus familias.

Itai tuvo a su primero y le llamó Ogame. Verlo la hacía feliz, veía en él, el cielo y el mar unidos. Todas las tardes, después de los quehaceres, Itai se iba al hogar de Akai a que le enseñara todo su saber. Aprendía rápido a tejer las canastas, hacía flores y pájaros tejidos. Como Akai le vio interés, igual que a Olore le empezó a enseñar los secretos de las plantas. Los remedios y también los venenos.

La aldea ya no era la misma, algunos habían decidido marcharse antes que volvieran los extraños. Temían que vinieran más y esta vez fuera peor. Akai le pidió a Apare que dejara a Itai irse con ellos. Apare se acercó a Itai, le puso la mano en su cabeza y la bendijo. Itai sintió un gran descanso. Apare le preguntó si eso era lo que quería. Ella asintió y se fue con el clan de Akai.

Viajaron mucho, aun así no pudieron escapar de la colonización. Cada año llegaban más y más. Solo quedó adaptarse, trabajar para ellos y luego con la venta de canastas, sombreros y adornos de hojas de palma lograron su independencia económica. Los remedios estaban prohibidos, eran brujerías, aun así, los nativos los buscaban con mucha frecuencia, los colonos también. Así lograros establecerse, empezaron a convivir con los colonos y creer en su fe.

Ya casi amanecía cuando Itai terminó de contar la historia de su familia a Ogame. Los dos quedaron viendo el firmamento, donde el cielo se une al mar. Itai murió cinco lluvias después de su visita a la Gran Madre.

LA INDEPENDENCIA

Benjamín estaba agotado, pero continuaba tejiendo. Los niños y su mujer yacían en la cama fatigados, lo habían estado ayudando, pero se rindieron un poco antes de la medianoche. Los niños tenían que ir a la escuela temprano. Sus ojos estaban cansados, poca era la luz que le regalaba la guaricha que tenía colgada en la pared, pero ya sus dedos conocían cada cerda de las tiras de palma. Podía tejer con los ojos cerrados. Esta destreza era la herencia de sus ancestros.

El día anterior, Benjamín se había reunido con los aldeanos del pueblo en una junta secreta. Todo lo que se había hablado lo tenía preocupado. Hablaban de una emancipación de la opresión española. Que ya no debían estar sujetos al mandato de extranjeros. Además, hablaron de un Napoleón que vendría a saquear nuevamente las viviendas. Todo esto eran rumores, pero su vecino Manuel le había enseñado un pedazo de papel, le llamaba “La Miscelánea”, donde le leyó lo que estaba sucediendo en Europa. Todo estaba agitado, España estaba perdiendo poder por ésta razón, había que aprovechar el momento y convertirse en República. Tener nuestra identidad como país. Se hablaba mucho de las ideas independentistas de Simón Bolívar y el sueño de la Gran Colombia. Todos querían ser parte de esta nueva República. Ya llevaban años hablando de esto, pero el fracaso del intento en Portobello había empeorado el comercio. Ya las Ferias se habían abolido, la gente de los otros poblados no bajaban a comprar, por eso había que aprovechar los días de mercado para vender su mercancía. Nervioso, Benjamín terminó la cesta y empezó otra. Esta sería la última, mañana saldría temprano. Las cosas no andaban bien, debía ser precavido. “Imagínate”, decía en voz baja, “Panamá independiente y convertida en República”. Eso asustaba. Muchos aldeanos murieron en la revuelta de Portobello. Dos veces lo intentaron y no pudieron con el batallón español. Se había corrido la voz de que Don Juan de La Cruz, se había ido al Ecuador llevándose una gran parte de los soldados. Manuel le aseguraba que ésta era la oportunidad para enfrentarlos. Benjamín miraba a su mujer y a sus hijos. Si algo le pasaba a él, ellos quedarían desamparados, pero por otra parte ya todos estaban cansados del abuso de los gobernantes extranjeros. No hacían nada para mejorar la vivienda, la educación. Los niños daban clases al aire libre o debajo de un jorón. No había hospitales adecuados y la gente moría a falta de medicamentos. Los soldados no cuidaban de los miembros de la comunidad, más bien saqueaban su ganado y sembradíos. Mucho abuso. En cambio, Simón Bolívar era muy admirado, ya había logrado varias independencias en el sur. El norte también había logrado independizarse. ¿Cómo

era el nuevo nombre....Estados Unidos? Eso era lo que quería Simón Bolívar para nosotros, unir varios territorios y llamarlo: La Gran Colombia donde se reuniera en Panamá todos los representantes de las nuevas repúblicas y así conseguir el bien para los ciudadanos. ¿Sería verdad esto? Benjamín terminó la última canasta. Apagó la guaricha y se fue a dormir. Puso su mano en el cuello buscando el collar que le había regalado su padre. Lo llamaba, el collar de Itai. En su familia cada padre lo entregaba a su primer hijo a los trece años, era importante, en ese momento le contaba la historia de Itai. Tenía una cruz adelante y atrás decía “Con devoción a mi hijo J. M. Barrios”, ese era el nombre de Omabe. Mientras lo acariciaba pudo relajarse y conciliar el sueño.

Todavía no amanecía cuando Benjamín y su familia escucharon tocar la puerta. “¡Benjamín, Benjamín, abre, abre!”. Todos corrieron. Era la voz de Manuel, ¿Qué habría pasado para que llegara a esta hora? Benjamín recordó todo lo hablado en la junta. Debía ser eso. Enseguida abrió, Manuel los alumbró con una guaricha y exclamo viendo a Benjamín con sus hijos iluminados en la puerta. “¡Jo, ustedes asustan con esos ojos!” Marta, la mujer de Benjamín le preguntó algo disgustada, “Manuel, vamos, ¿Qué pasa, por qué vienes tan temprano?”. Manuel les habló con cautela, “¡Benjamín, lo que hablamos ayer, ya ocurrió en Los Santos!” Benjamín asustado lo dejó pasar y le pidió que le contara todo. El primer grito de independencia se había producido con éxito en la Villa de Los Santos. Gran parte de las tropas españolas se habían ido con Juan de la Cruz Mourgeon a Ecuador dejando indefenso el cuartel. Había que proceder con la lucha. Ya eran independientes, otros pueblos se unieron a la revuelta y la estaban respaldando. Los españoles estaban temerosos y a la defensiva, pero no estaban lo suficiente armados para lograr ganar un enfrentamiento. “Debemos unirnos y formar un batallón de voluntarios, desarmar a los españoles y declarar nuestro pueblo también independiente, te tienes que unir a nosotros. Nos estamos reuniendo en la junta, te vine a buscar, necesitamos que todos los hombres vayamos a luchar por nuestra libertad para luego pertenecer a la Gran Colombia con Simón Bolívar como líder”. Benjamín debatía en ir o no ir, sorpresivamente agarró su machete, miró a su familia, a su mujer, “Quédense en casa, no dejes a los niños salir. Esto se pondrá feo. Manuel tiene razón, este es el momento para lograr nuestra independencia”. Ya empezaba a amanecer, Marta vio partir a Benjamín con Manuel. Sentía orgullo por su marido, siempre había sido un hombre decidido. Se persignó y cerró la puerta, habría que esperar.

Los aldeanos se estaban reuniendo en casa de Tomás, esperaban por lo menos veinte hombres pero cuando Manuel y Benjamín llegaron ya había un gran número de lugareños dispuestos a luchar por su libertad. De la casa salió Tomás con los líderes del batallón improvisado. Los labriegos iban armados con machetes, horquillas, picos, palos y armas de cacería. Tomás miró al grupo, todos estaban listos esperando la decisión del plan y actuar inmediatamente. La luz de las guarichas chocaba contra el filo de los machetes y los hacía resplandecer. El ambiente era de lucha. Tomás empezó a hablar a los campesinos. “Señores, este es un gran día, ya en la Villa de Los Santos celebran su libertad, nosotros pronto estaremos celebrando la nuestra, pero para eso debemos unirnos y luchar por ella”. Todos clamaron al oír estas palabras. Tomás prosiguió, “El plan para lograrlo será el siguiente...”.

Se dividieron en grupos de diez y rodearon la fortaleza donde se encontraban las unidades militares. Había luz y se veía movimiento. Afuera había dos soldados haciendo guardia en cada esquina con fusiles, en total eran ocho. Por las ventanas, se veía movimiento. Los militares se asomaban con nerviosismo, todos con armas en mano. Se notaba que estaban esperando un asalto. Manuel se trepó a un árbol para ver mejor. Y le avisó a Benjamín que no eran más de veinte. Los rumores eran ciertos, habían dejado al país desarmado. Quizás decidieron fortalecer en número las ciudades principales. Lo cierto era que gran parte de los soldados se habían ido a Ecuador y lo más probable que con ellos se habían llevado gran parte de las municiones. Benjamín se apresuró y avisó al siguiente grupo cuantos hombres habían contado Manuel de su lado. Había que lograr entrar. Benjamín vio una carreta del lado izquierdo donde se podía ocultar y con Manuel se acercaron logrando atacar a dos soldados y desarmarlos. Los soldados de la derecha corrieron pero no pudieron hacer nada ya que varios aldeanos los enfrentaron y a golpes lograron desarmarlos. Por las ventanas se veían asomar las carabinas, los soldados empezaron a disparar. Tomás que sabía de armas gritó, “¡Aguarden, esas son carabinas, son de corto alcance!”. Los aldeanos buscaron resguardo entre los matorrales manteniendo la distancia. Entre grupo y grupo, se iban enviando mensajes, si los soldados se habían ido al Ecuador, lo más seguro es que se habían llevado gran parte de las municiones. Debían esperar y aprovechar que los militares dejaran de disparar para recargar y entonces atacar. Así lo hicieron logrando apresar a los soldados y por ende la victoria. Esa mañana, los lugareños despertaron por los gritos de gloria y vítores. El pueblo salió a la calle viendo a los aldeanos desfilar con los soldados apresados. Tomás gritó, “¡Somos libres, somos

independientes!”. Empezaron a repicar las campanas, entre el grupo iban Benjamín y Manuel abrazados, sollozando por la victoria.

SOY PANAMEÑO

“José, José, despierta”. Teresa acarició el cabello de su hijo y empezó a cantar bajito, cerca de su oído, “Qué bonitos ojos tienes, debajo de esas dos cejas, debajo de esas dos cejas, qué bonitos ojos tienes”. Enseguida José María se despertó de mal humor respondiendo, “¡Jo, mamá, tú sí que molestas!”. Teresa respondió contoneándose, “Bueno, siempre funciona mejor que la alarma”, se acercó al reloj y apagó la alarma. “Apúrate ya nos tenemos que ir al recital. Se acerca al uniforme de su hijo y lo empieza a revisar. “Fíjate bien que todo esté correcto”. Sin contestar, José María entra al baño. Teresa sale de la habitación y se acerca a Francisco, su esposo, que está frente al ventanal. Francisco le pregunta, “¿Y entonces?”. Teresa responde tranquilizando, “Ya se está bañando”. Abraza a su esposo, “Hermosa vista, es lo que más me gusta de este apartamento. ¿Qué estás viendo?”. Francisco contesta apuntando, “Ves esa rayita entre esos dos techos rojos, es la estatua de Vasco Núñez de Balboa. Hoy se celebra nuestro Bicentenario de independencia de España y pensaba en todo lo que ha transcurrido y ha pasado en nuestro país. La unión a Colombia, la independencia de Colombia, la construcción del canal, Arnulfo Arias, los militares, la entrega del canal, la muerte de Torrijos, Noriega, la Invasión, Martinelli, la pandemia y ahora estamos viendo lo que mis ancestro vieron antes de que llegaran los españoles: donde el mar y el cielo se unen”. Teresa lo mira y sonriendo con picardía le dice, “Estoy segura que no fue desde un apartamento como este y con aire acondicionado”.

José María salió del baño, se secó y se dispuso a vestir. Miró el collar, tenía una cruz, su padre se lo había entregado cuando cumplió los trece años. Ese día conversaron hasta el amanecer. Hermoso recuerdo. Se acercó al uniforme, y lo revisó, debía estar perfecto, botones, cuello, camisa, mangas, insignias bien cosidas, la basta del pantalón, sí, todo estaba correcto. Se vistió y salió a la sala. Su familia lo estaba esperando para desayunar. Faltaban dos horas para llegar a tiempo al recital de la celebración del Bicentenario. Hoy el acto estaba a cargo de los cadetes y él estaba en el programa.

Al llegar los amigos lo recibieron y se llevaron a José María atrás del escenario. Todos los padres de familia estaban, también los profesores, el personal administrativo y los invitados. Una selecta audiencia en este importante día celebrando La Independencia

de Panamá de España. Todos estaban curiosos por saber qué habían preparado los nuevos cadetes de la Naval.

El Rector de la Universidad dio la bienvenida e inmediatamente empezó el acto hasta que llegó el turno de José María. Teresa y Francisco se emocionaron, la audiencia empezó a aplaudir.

“Un saludo respetuoso a nuestro Rector profesor Víctor Luna Barahona, profesores de la naval, al personal administrativo, padres de familia, invitados y compañeros”, empezó José María, “Quiero iniciar recitando una pieza que me ha llegado siempre hondo. Les pido que guarden silencio y la escuchen, porque todos la hemos aprendido en la escuela, pero algunos no la hemos escuchado bien. Patria por Ricardo Miro.

“Oh Patria tan pequeña, tendida sobre un istmo donde es más claro el cielo y es más brillante el sol, en mi resuena toda tu música, lo mismo que el mar en la pequeña celda del caracol.

Revuelvo la mirada, y a veces siento espanto cuando no veo el camino que a ti me ha de tornar... ¡Quizá nunca supiera que te quería tanto si el Hado no dispone que atravesara el mar!...

La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida envueltos en jirones de amor o de dolor, la palma rumorosa, la música sabida, el huerto ya sin flores, sin hojas sin verdor. La Patria son los viejos senderos retorcidos que al pie desde la infancia, sin tregua recorrió en donde son los árboles antiguos conocidos que al alma nos conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres de áurea flecha, en donde el sol cansado se viene a desmayar, dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha, donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.

¡Oh mis vetustas torres, queridas y lejanas: yo siento la nostalgia de vuestro repicar! He visto muchas torres, oí muchas campanas, pero ninguna supo, ¡torres mías lejanas! Cantar como vosotras, cantar y sollozar.

La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida envuelta en jirones de amor o de dolor; la palma rumorosa, la música sabida, el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor. ¡Oh Patria tan pequeña que cabes toda entera debajo de la sombra de nuestro pabellón: quizás fuiste tan chica para que yo pudiera llevarte por doquier dentro del corazón!”.

Al terminar se escuchó una ovación y la audiencia aplaudía de pie, José María había declamado esta poesía con mucho sentimiento, se identificaba con ella, sentía que

se había escrito para él, su emoción era genuina. La audiencia al notar que José Luis continuaba en el pódium, se sentó para dejarlo hablar. José María inició su discurso mientras tocaba su cruz a través de su uniforme.

“Mi nombre es José María Ogame Barrios Ruíz. Soy descendiente de Itai, la madre del primer Obame, quien nació en el poblado de la Gran Madre donde el cielo y el mar se unen. Soy hijo de Francisco Javier Ogame Barrios y Teresa Amelia Ruíz Rodríguez. Soy cadete de la Universidad Marítima Internacional de Panamá. ¡Soy orgullosamente panameño! Hoy escuché a mis padres conversar y él miraba la estatua de Vasco Núñez de Balboa desde la ventana de nuestro apartamento, le oí mencionar lo mucho que había transcurrido desde el tiempo de nuestra colonización. Nuestra familia data desde esa época, pocos saben de donde provienen, yo sí porque es nuestra tradición pasar de padre a hijo de dónde provenimos. Itai, era india en el tiempo de la colonización, perdió todo y luchó para que su hijo mestizo fuera un hombre de bien. Para mi “Patria” es una inspiración. No logramos marchar hacia delante si no sabemos nuestro pasado, quienes somos y adonde queremos ir. Mucho tiempo ha transcurrido, se ha desarrollado mucha tecnología, tenemos el conocimiento para mejorar, y veo con tristeza que no lo hacemos. Me siento rendido cuando veo que la codicia ciega a los líderes y olvidan sus sueños, sus palabras que los convirtieron en cabeza de nuestro país, igual como algunos olvidan la hermosa poesía que Ricardo Miró nos dejó. La Patria es un legado que Itai nos dejó. Es su lucha y la lucha de todas las Itai que no se dejaron vencer por la deshonra, el despecho, la ira y el abuso. Todos somos descendientes de ella, no podemos defraudarla. Debemos luchar para que este país sea un ejemplo, no una vergüenza. En la mano de la juventud está el cambio, exhorto a mis compañeros y a toda la juventud panameña que se unan a esta simple campaña, cada vez que vayas a hacer algo, pregúntate si te sentirás orgulloso al hacerlo. Cada vez que quieras algo para ti, pregúntate si habrá otra persona que lo necesite más que tú. Cuando vayas a estrechar la mano de un amigo, fíjate en su corazón no en su piel. No pretendas que al tener más, serás mejor persona. Piensa lo que tu país necesita y la respuesta será:

¡Mejores panameños!”.

2do. Premio

Título: La libertad desde Abajo
Seudónimo: Sundiata Keïta
Autor: Eduardo José Gil Quirós
Provincia: Coclé



La libertad desde Abajo

El sueño de Aburema Que me perdonen los sagrados espíritus mi afrenta de relatar, en esta lengua extraña, los recuerdos que me atormentan. Sujeto como estoy a sus designios y voluntad severa, desde lejanos tiempos. Ya vistas y oídas tantas cosas, sin alcanzar la paz eterna. Necesito vaciar la llenura de dolor, sufrimiento y congoja que se abrigan en mi alma, desde mucho antes que abandonara la débil carne de mi cuerpo. En los días en que nuestro señor Quibián, dueño absoluto de la sierra, rica en oro, celebró el Mogön¹ de la Meri Nuäre² Aburema, su hija primera. El gentío, de lenguas extrañas, llegó desde muy lejanas tierras y cargados de hermosos regalos para Meri Nuäre y de tributos de paz para nuestro señor. Hicieron pausa, en sus odios ancestrales y vistieron sus vistosos ornamentos para los festejos. Cuando Sö Bolore³ apareciera, blanca y brillante sobre la Cüo Sëndä⁴, terminaría, el Mogön de Meri Nuäre Aburema y sería el comienzo de los festejos que duraría hasta la kwäjätä⁵ Deo⁶; pero la gente empezó a juntarse a la orilla del Nö Kri⁷ Yebra, desde que la Sö Moro⁸ era, apenas, una delgada línea curva pintada sobre el negro cielo. Cada poderoso señor envió a sus mejores guerreros a competir en la balsería, junto a sus mujeres, sus hijos y sus sirvientes; con ellos llegaban también los Sukias⁹ de cada pueblo.

¹Mogön: Ritual femenino de la pubertad en la cultura Ngobe

²Meri Nuäre: Mujer Hermosa

³Sö Bolore: Luna Llena

⁴Cüo Sëndä: Montaña

⁵kwäjätä: Diez (10), en este caso décima.

⁶Deo: Noche

⁷Nö Kri: Río

⁸Sö Moro: Luna nueva

⁹Sukias: Curanderos, líderes espirituales

Deseaban impresionar a nuestro señor con sus regalos y tributos y recibir como esposa a Mery Nuäre Aburema trayendo de esa forma la paz en sus dominios; pero ninguno de esos poderosos señores, se atrevió a cruzar, a los territorios del Quibián.

Desde los dominios de Nata, el poderoso señor de la llanura, llegó un gentío con grandes cargamentos de telas y hamacas, regalos para Aburema. Al frente, Urabá, un guerrero que sobresalía en tamaño sobre el resto de su gente, con la cara pintada y un penacho de brillantes plumas rojas. No traía armas de guerra, solo un hermoso lagarto de oro con dos cabezas, como tributo de paz para el Quibián.

Desde los dominios de Parita, el señor de la tierra blanca, llegó en gran cantidad la gente que no come carne de monte. Llegaron cargados de pescado seco y sal, el más fuerte de sus guerreros entregó a nuestro señor finas armas, como tributo de paz.

Pintados de negro y con penachos del mismo color, llegaron los guerreros de Escoria, el señor de los Kubú¹⁰ Nö Kri, con cántaros y jarrones pintados de colores brillantes para Mery Nuäre Aburema. A nuestro señor entregaron un amazón de oro que le cubrían desde los hombros y todo el pecho, hasta muy abajo cerca de donde se empieza las piernas.

Un hermoso metate de cuatro patas en forma de jadengo ¹¹fue el regalo para la Meri Nuäre, de la gente Esquegua, “el poderosos señor de la tierra fría abundante en agua”. A nuestro señor en tributo de paz, brazaletes de oro y armas de filosas puntas.

¹⁰Kubú: dos (2)

¹¹Jadengo: Jaguar

Muchos otros pueblos, de muchos otros señores, con igual o mejores regalos y tributos, llegaron a la orilla del Yebra, pero ya no pude yo, saber quiénes, ni desde dónde llegaban. “Gente de distinto señorío no se había juntado desde muy lejano tiempo,” contaba Taumbre¹² a la luz del fuego. Yo sentí el temblor en su voz, yo miré la inquietud de su alma, cuando miraba fijo a la llanura del Yebra, toda salpicada de fogatas. Parecía que el cielo se hubiera caído con todas sus estrellas sobre la llanura.

En medio del risco, detrás de la casa de nuestro señor, estaba la choza de caña y palma, en la que Meri Nuär Aburema cumplía los ritos del Mogön. Desde que Ngwana¹³ se asomaba por la Cüö Sëndä y hasta que se escondiera por el otro lado, las mujeres del pueblo le enseñaban los secretos de cada oficio. Aprendió el oficio de moldear el barro, de tejer canastas, chácaras, telas y hamacas, de labrar tulas de calabazos, aprendió a moler y a fermentar el maíz, a secar con sal las carnes de monte y los pescados. Aprendió los secretos de las yerbas, a invocar los espíritus para parar la sangre y a sacar el veneno de las víboras, aprendió los tiempos de los cultivos, y a entender los mensajes sagrados que nos llegan con el canto de los pájaros y de los sueños.

Abajo, a lo largo de la orilla del Yebra, la gente levantó sus chozas y guindó sus hamacas, cada mañana, los distintos grupos salían unos a cazar en el oscuro bosque, otros a pescar en las aguas del Yebra, que por aquellos tiempos se escurrían perezosas y transparentes, otros labraban cayucos, otros tejían hamacas, motetes y chácaras, los más pequeños buscaban leña y verduras, era como un hormiguero de gente.

Con cada noche Sö¹⁴ crecía y crecía también la algarabía, los gritos y los cantos en la orilla del Yebra. La gente que se amontonaba abajo en la llanura del Nö Kri estaba inquieta y también los que arriba en el risco protegían al gran Quibián. Los más ancianos temían, que la balsería y la chicha fermentada, entre tanta cantidad de gente, despertara los odios dormidos y todo terminara en gran tragedia. Los fuertes guerreros de cada señorío se miraban con desconfianza y cada uno ponía en su rededor a sus más leales combatientes.

¹²Taumbre: Abuelo

¹³Ngwana: Sol

¹⁴Sö: Luna

En la víspera de la Sö Bolore, mientras abajo la algarabía del gentío de los muchos pueblos se hacía incontrolable, la madre de Meri Nuäre Aburema, velaba el sueño de su hija que se convertía en mujer; recitaba los cantos a los espíritus, rogando a cada uno las mejores venturas para la hija, pidiendo que su camino fuera placentero y feliz.

El Ngwana apareció brillante en el alto pico y nuevamente se llenó de vida el bosque y la llanura. La gente agitada por el gran día se movía más de prisa y era mayor el bullicio. El Ngwana recorrió el cielo y fue a ocultarse en lo lejano. La Deo llegó cubriendo de negro la Cüö Sëndä y el bosque, fue bajando por los riscos hasta el Nö Kri y cuando ya estaba todo oscuro y las fogatas encendidas, los Sukias de los distintos señoríos se juntaron a la gran piedra en la que, según nuestras costumbres, el señor Quibian junto a la Meri Nuäre Aburema, anunciaría el fin del Mogön y el inicio del festejo.

La Sö Bolore, se asomó finalmente en lo alto de la Cüö Sëndä, fue subiendo rápido por el ancho cielo y fue pintando de blanco la llanura del Nö Kri. Cuando Sö Bolore, estaba en la mitad del cielo, sonó en lo alto del risco el Dru¹⁵, una vez, otra vez y otra vez, en cada vez el sonar fue más largo y hondo, como si saliera del fondo de la tierra, la gente alegró su espíritu. El Mogön había terminado ya iniciaban los festejos.

Sonaron, otra vez el Dru y los tambores, sonaron las flautas y las maracas y luego el silencio, todo en silencio cuando sobre la gran piedra apareció el poderoso señor Quibian, hasta ese momento ningún de los hombres de los otros señoríos lo habían podido ver, ni siquiera los guerreros del señor de la llanura, que fueron los primeros en llegar. Apareció con una antorcha encendida en una mano y una hermosa estólica tallada en hueso con un gancho en forma de jadengo, en la otra mano; traía sobre su cuerpo un armazón de oro que le tapaba del cuello hasta abajo del pecho, cuatro collares de conchas y dientes de jadengo, dos brazaletes de oro, un cinturón de cuero de venado y huesos de manatí; en la cabeza un penacho de hermosas plumas coloridas. El pelo le llegaba hasta el hombro y tapaba parte de su cara toda pintada de negro, apenas se podía ver el blancor de los ojos y su mirada terrible, que daba espanto.

¹⁵Dru: *Caracol*

Los Sukias hicieron un gesto y quedaron en silencio. Nuestro señor inmóvil, sobre la piedra no dijo palabra. Detrás, apareció la Meri Nuäre Aburema cogida del brazo de la anciana madre. Adornada su frente con flores y plumas de distintos colores, un collar ancho de finas perlas tapaba su cuello y caía como punta de lanza entre sus pechos, tapaba su cuerpo con una hermosa manta tejida con hilos de tres colores. Tenía en su mano una antorcha sin fuego y en la otra un disco plano con dibujos de animales en tres colores.

Cada Sukia, de cada pueblo cantó su historia en su propia lengua y pidió para Aburema la abundancia, para nuestro señor larga vida y para los pueblos, paz. Los guerreros de cada señorío danzaban y saltaban como si estuvieran en combate, mostraban su fuerza, agilidad y brío, para impresionar a la Meri Nuäre Aburema, y a nuestro señor Quibian. Cuando el último Sukia cantó sus cantos sagrados, nuestro señor miró a Sö Bolore y recitó su canto, encomendó a su hija a los espíritus de Sö, Dobó ¹⁶, Nü ¹⁷, Deo y Ngwana y bajando la mirada encendió con su antorcha la antorcha de la Meri Nuäre Aburema. Todos los caracoles sonaron otra vez y un bullicio grande se regó por la llanura; el festejo había iniciado. Nuestro señor, la Meri Nuäre Aburema y la anciana madre, volvieron a la casa del Risco.

Por muchos días se extendieron los juegos de balsería y se enfrentaron los mejores guerreros de los distintos señoríos. Sobresalía entre ellos el Guerrero Urrabá, de los dominios de Nata, era de mayor tamaño y fuerza que los demás guerreros y todos esperaban que, concluido los juegos, marchara de nuestras tierras junto a la Meri Nuäre Aburema, según conviniera con nuestro señor Quibian. Si el guerrero llevara a la hija de Quibian como esposa a su señor, sería segura la paz entre los dos dominios; pero si el guerrero llevara a la Meri Nuäre como mujer suya, desafiaba a su señor, el guerrero estaría reclamando los dominios de la llanura como un nuevo señor.

¹⁶Dobó: Tierra

¹⁷Nü: Lluvia

El último día de los festejos, Urabá fue el gran ganador de los juegos, el guerrero más fuerte el Nĩ Brärë Hümrë¹⁸. Le entregaron hermosos regalos, los distintos pueblos y subió hasta el Risco junto al Quibian. Lo que hablaron nadie sabe, el destino de Aburema fijado por su padre era de cumplimiento obligado. Esa noche, la lluvia cayó como pequeñas agujas sobre la llanura, un viento frío aulló entre los riscos. La oscuridad se hizo más espesa, el silencio se extendió desde La Cüö Sëndä al bosque y se escurrió hasta la llanura. Solo el mugir del Yebra se podía escuchar. Pasadas tres partes de la noche, cuando en total silencio dormían los pueblos, un grito salido de lo más hondo del alma de Aburema rompió el silencio y la tranquilidad, fue un grito hondo y seco, que nos metió el miedo hasta el fondo de los huesos.

Movido por mis impulsos, sin pensar bien de mis actos, corrí y trepé por el risco entre los árboles y llegué hasta lo alto por donde pude ver a la Aburema agitada y sudorosa entre los brazos de la madre. Otro grito salió de lo más hondo del alma de Aburema y arrancaba de ella el martirio y el sosiego. Su cuerpo delgado se retorció en las piernas de la madre y sus brazos trataban de sujetar el aire y el tiempo y sus ojos buscaban la luz entre los rincones de la casa. Yo miraba aterrado a la Aburema, queriendo llegar a su alma y vivir por ella sus tormentos. Dos ancianas llegaron a acompañar a la madre y a la hija que en desconsuelo sacan en sus ojos los llantos.

Ya casi salía Ngwana con su vestido de luz, cuando un tercer grito de Aburema corrompió el silencio, esta vez, su delgado cuerpo se arqueó como una hamaca y sus manos retorcidas como ganchos, sus ojos anchos como platos y su carne blanca como la sal, quitaron a Aburema la última fuerza de vida. Se desencajó como una paja seca en los brazos de la madre. A su lado el Quibian, rígido y silencioso y nuestro Sukia que cantaba con voz triste las plegarias de los espíritus y agitaba sobre ella aquel el humo de olor amargo.

¹⁸Nĩ Brärë Hümrë: *Hombre Valiente*

Cuando la luz apareció tibia y brillante en la Cüö Sëndä, Aburema despertó. El Sukia silenció los cantos. La Meri Nuäre, habló en baja voz, mirando fijo el suelo y juntas sus manos en su pecho, parecía dura como si fuera de piedra.

Abajo en la llanura, la gente se juntó frente a la gran roca, esperaban que el Quibian hiciera el rito final, reconociera al ganador, entregara los premios y dieran por fin a los festejos. Todos conocían ya, que los espíritus inquietaron el sueño de Aburrema en medio de la noche.

Cuando el Ngwana subió hasta la mitad del cielo, sonó otra vez el caracol y bajaron del risco el Quibian, la Meri Nuäre Aburema, la anciana madre y los más valientes guerreros del Quibian. Cuando acabaron los cantos, cuando callaron los tambores y todos los pueblos esperaban la palabra del Quibian, la Meri Nuäre Abureme se levantó, dio unos pasos al borde de la piedra y habló tan alto como le fue posible.

“Cuando Deo cubrió de negro la Cüö Sëndä, el bosque y la llanura inmensa del Yebra, los espíritus sagrados llegaron a mí. Horribles historias venideras me contaron. Del fondo de Ñúutuo Kri¹⁹ manará el fuego, el humo subirá al cielo y un Nö Kri de fuego escurrirá en las laderas. Los vientos traerán, por medio del mar, hombres de la carne blanca, sus cuerpos y sus cabezas están cubiertos y en ellos no entran las flechas. Controlan el viento para empujar sus naves, controlan el fuego y el Roä Cuinda²⁰ para matar hombres, montan sobre bestias terribles de cuatro patas, son hijos de otros dioses y aman sobre todo el brillante oro.

¹⁹Ñúutuo Kri: Volcán

²⁰Roä Cuinda: Trueno

Harán la guerra contra nuestros pueblos y si no nos juntamos como un solo pueblo, seremos vencidos, seremos esclavos de hombres extraños, muchos morirán y su sangre correrá como Nö Krïrojo incontenibles, otros negarán a los espíritus y adorarán un dios extraño, invisible, abandonarán nuestras lenguas, nuestras costumbres y nuestro conocimiento.

Los hombres de carne blanca entrarán por un mar y llegarán al otro mar, desatarán la guerra sobre los distintos señoríos, destruirán nuestros cultivos, quemarán nuestras casas. Destruirán primero la llanura y la tierra blanca, luego entrarán a la tierra de muchos ríos. Solo en la sierra habrá vida, solo si juntamos todos los pueblos en la sierra, si cada señor abandona su poder y se une a los demás señores, si olvidan sus odios ancestrales y se unen como hermanos de una misma sangre, podremos resistir y vencer; pero, si cada pueblo vuelve sobre sus propios dominios, si cada pueblo sigue a cada señor, si no olvidan sus ancestrales odios, si no firman la paz y la alianza verdadera, seremos vencidos, humillados, destruidos, seremos esclavos. Pido hermanos, hermanas, juntarnos en un solo señorío y resistir juntos y vencer juntos”.

Aburema terminó el relato de su terrible sueño y volvió al cobijo de su padre. El silencio cubrió la llanura. Los Sukias explicaron a cada pueblo el sueño y cada uno interpretó el significado según su propia interpretación. Se oyeron rumores y poco a poco se fue levantando un gran bullicio. Los guerreros brincaban lanzando gritos de guerra y se miraban con desconfianza unos a otros. Volteaban, hacia nuestro señor, las miradas más fieras y desafiantes.

Los saltos y los gritos acabaron, cuando los Sukias tomaron la palabra, cada uno habló por su señor y cada uno dijo lo que en su pueblo significaban las palabras de Aburema, todos sin excepción consideraron que Aburema dijo lo que su padre ordenó, que se trataba de una treta de nuestro señor para someter a los otros señores, ser el único señor de la llanura, de la tierra blanca, de las montañas de muchos ríos y gobernar desde un único dominio en la sierra de los grandes riscos.

Parecía que los guerreros tomarían armas y se iniciaría una guerra. Los hombres más fuertes seguían en la llanura, esperando que se iniciara el combate. Solo Urabá, el gran guerrero de la llanura, pensó distinto, creyó como real y legítimas las palabras de la Meri Nuäre Aburema y creyó que su sueño era un mensaje de los ancestros de los espíritus, apreció la necesidad de unir a los pueblos, lo importante de retirarse de la llanura y subir a

la sierra, negociar la paz entre los pueblos y prepararse para una guerra mayor. Retiró a sus guerreros en paz. No pensó el guerrero que por ser prudente y que, por su consejo de unidad dado al gran Nata, fuera considerado traición y causara su destierro.

Cuando la gente del poderoso Nata se retiró en silencio, el resto de los pueblos empezó a retirarse cautelosamente. En poco tiempo, la llanura del Yebra quedó desierta, solo las chozas abandonadas eran la prueba de todos los pueblos reunidos por días alrededor del risco de la montaña.

Era el tiempo de las muchas lluvias, cuando el Yebra se hinca de agua abundante y arrastra con rabia los árboles y las piedras gigantes, tiempos en que Deo se hace más oscura y fría y El Ngwana no alumbraba ni calienta el día. Cuando las bestias y los pájaros se refugian en silencio, eran esos tiempos lluviosos y tristes, cuando miré a lo largo del horizonte del mar, las naves como pájaros gigantes que empujadas por el viento entraron en la playa de blanca arena. Corrí, tanto como dieron mis fuerzas, la sangre corría en mi pecho y mi cabeza, el miedo me empujaba, llevé el mensaje a los ancianos, hablé en presencia del Quibian y del Sukia y pagué el precio de informar los infortunios predichos por los espíritus con esta maldición inmortal con la cual he visto y vivido en carne propia, el sueño de Aburema.

La Agonía del Cimarrón

Siento debajo de mí, el mar que se sacude lentamente; en mi boca reseca, el salitre que se mete y se escurre en mi garganta; las cadenas que se entierran en mi carne y abren llagas profundas; la sangre pegajosa que se cuaja entre mis dedos y la oscura humedad de esta bodega. Afuera, las gaviotas graznan impacientes y el barco se mece pesadamente. Evito moverme, pero mi cuerpo se entumece y entonces me acomodo y otra vez las cadenas, y otra vez la sangre, y otra vez el dolor... Mi cuerpo se fatiga, tal vez por el hambre, por la sed o por la fiebre. No hemos zarpado, aún estamos en la costa. Invoco a los Orishas "Oshun... Yemayá... Egúngún... Elegguá..." Otra vez, el destino me acecha y otra vez lo enfrento. Conozco mi camino y espero paciente, su final. Escasea el aire en esta bodega inmundada, la oscuridad se hace más pesada y ahora, solo hay silencio; calor y silencio y me voy sumiendo en un sopor incontenible. Alguien me habla desde algún punto que no logro ubicar; por más que abro mis ojos, no logro romper esta pesada oscuridad. Es una voz ronca, apenas audible. - ¿Me escuchas...? ¿estás allí...? ¿me escuchas...? Intento responderle, pero la saliva de mi boca se ha secado y se me ha entumecido la lengua.

Siento un aire caliente que sube por mi garganta; intento gritar, intento sacudir las cadenas, pero ya todo mi cuerpo se ha entumecido. Solo mi consciencia reacciona. Pienso aún con claridad. Creí que estaba solo en esta bodega, no recuerdo haber visto a nadie cuando me trajeron y no recuerdo haber visto llegar a nadie, después de mí. ¿Dónde estoy? El barco se ha quedado quieto, no siento el mar abajo de mí. Otra vez el silencio como de muerte. Espero, y afino mis oídos buscando otra vez la voz... El silencio se alarga y pienso en que tal vez sea un sueño, pero, otra vez la voz... Escucho aquella voz ronca y lejana.

- Sé que puedes escucharme, sé tu nombre y conozco tu historia.

Ahora la voz se hace más clara. Quiero hablar, quiero responderle, pero es inútil. Mi cuerpo sigue tieso y la lengua engarrotada.

- Sé, como tú, que no completaremos este viaje; pero que juntos emprenderemos otro, antes del nuevo sol. Estas cadenas, no serán suficiente para sujetarnos; no lo fueron antes, no lo serán ahora, no lo serán nunca.

Sé que no lo sabes, pero luché siempre junto a ti, estuve a tu lado incondicionalmente, pero claro, no lo sabes ahora. Ya que compartimos este destino común, yo quiero que conozcas lo que fui y lo que soy, porque nadie ha sido tan fiel a ti, como yo. Y ahora, lo menos que puedes hacer por mí es escucharme y ser testigo de mí, como he sido yo, testigo de ti.

Crecí, al igual que tú, en las montañas y fui también un cazador. Muchas fueron las bestias que cacé y mucha carne la que llevé a mi aldea. Tanto, que me gané la confianza de todos, confiaron en mi habilidad, fuerza y valor y me nombraron su líder. Siento que les fallé. Cuando más necesitaron de mí, no pude protegerlos. Aquella noche, cuando los avaros hombres de las costas, hombre sin alma y sin dioses, atacaron nuestra aldea, nada pude hacer. Ellos traían las armas de los hombres blancos que disparan fuego. No tuvieron misericordia ni de ancianos, ni de niños. Los masacraron sin piedad. El resto, fuimos encadenados y vendidos como bestias a los hombres blancos.

La voz se sigue escurriendo suave entre la oscuridad impenetrable, es como el murmullo del agua cuando cae entre los peñascos montañosos.

- Fuimos amontonados en un barco infame. Aún siento el fogaje de esas quinientas almas apretujadas y angustiosas. Era un amasijo de gente embadurnada de mierda, vómitos, lágrimas, sudor y moco. Escaseaba el agua, la comida, el espacio, el aire. Era como un cementerio deambulando en el mar. Era un barco sin esperanza, sin

dignidad, sin libertad, sin Dios... Sufrí en mi carne y en mis huesos, la avaricia de los hombres. Arriba, en la cubierta del barco, el sol abrazaba sin piedad los cuerpos desnudos y encadenados, les cosía la carne hasta levantarla en costras sangrientas. Abajo, en las bodegas, la humedad, se metía en las heridas, hacía podrir la carne y entre las cadenas brotaba una sanguaza hedionda. Los gritos de rabia, de dolor y los llantos cargados de angustia, se escuchaban día y noche; pero, con el pasar del tiempo, el hambre y la sed, los fueron apagando, hasta que solo fue un murmullo quedito que se escuchaba, si acaso, dentro de nosotros. No, no solo tú has sufrido, también yo viví el calvario, también yo...

Yo escuchaba su voz y su historia se iba apoderando de mí, de mis recuerdos. Sentí una gran necesidad de contar también mi historia, pero seguía inmóvil, como sujetado por manos invisibles.

- Al principio, la rabia y la impotencia nublaron mi juicio. Sentirme preso, ver a mis hermanos sometidos en la inmundicia, escuchar sus quejidos, verlos morir de sed y de hambre y con su carne sancochada por el sol. Cuando la rabia se fue aplacando, se fue aclarando mi mente. El pensar en que seríamos vendidos como bestias, amartillaba cada noche mi conciencia. Resolví en mi alma que jamás sería esclavo, prefería la muerte, perderme en la inmensidad del mar, si la muerte fuera el único camino a la libertad.

Puedo oír aún, los estertores agónicos de mis hermanos. Sentir sus vidas escaparse con un quejido y ver sus cuerpos arrojados al mar, como si nada fueran.

Los hombres blancos no conocían la piedad, en su corazón solo gobernaba la avaricia y pronto, vieron en cada hermano muerto, la pérdida de sus ganancias. Entonces, se ocuparon de nosotros, nos dieron de beber y de comer en mayor cantidad, revisaron nuestros dientes, palparon nuestros cuerpos, aflojaron las cadenas y curaron las heridas. No habían suavizado sus almas, la compasión no movía sus actos, fue la avaricia; no había piedad en este trato, es este el mismo trato que damos a las bestias, cuando las queremos mercadear. Entonces pude entender, que nos acercábamos al final de aquel peregrinaje triste sobre el inmenso mar.

Ya la voz no era como el murmullo de un arroyo que se desliza por la montaña; ahora, era como un torrente precipitado con furia. Las palabras se amontonaban, se estrujaban y salían en estampida. Afuera, el mar azotaba sin piedad al barco, las olas lo sacudían a su antojo y la tormenta mugía con furia. Las cadenas se encallan hasta el fondo

de mis huesos y la carne se desprende machacada en jirones, pero el dolor ya no llega hasta mi alma y no puedo pensar en otra cosa que aquella voz que me habla desde la más absoluta tiniebla y que ahora parece gritar más fuerte que el iracundo mar.

- Entre más cercano se avizoraba el destino de servidumbre perpetua, más se alojaba en mi pecho el deseo de libertad, más claro se hacía el camino del honor, de la dignidad y más me atraía la idea de una muerte gloriosa. Para los hombres blancos, ya no era suficiente curar las heridas y mejorar las comidas, ahora querían desentumir nuestros huesos y los músculos engarrotados. A la salida del sol, nos hacían caminar sobre la cubierta. Al principio, nuestros cuerpos torcidos y deformes hacían torpe y lastimoso nuestro andar; pero pronto, recuperamos movimiento y se fueron llenando de energía los agotados músculos.

Los días se iban amontonando y el caminar en cubierta ya no era suficiente, ahora, nos pedían cantar y bailar; y entonces cantamos, cantando en nuestra lengua, los gloriosos cantos ancestrales que nos fueron llenando de vigor. El alimento del alma da más fuerza que el alimento del cuerpo.

Así, así compartí con mis hermanos, mis planes de lucha, los detalles y los tiempos y juntos imploramos el amparo de los Orishas.

Cuando Oshun se sacudió de furia en la profundidad del mar, y Yemayá azotó el barco, con una tormenta terrible, igual a la que hoy azota inclemente esta nave. Entendimos que los Orishas luchaban por nosotros y por nuestra libertad y entonces sumamos nuestras fuerzas y nos levantamos como un solo hombre contra los hombres blancos, determinados a morir o a ser libres.

Cuando la tormenta terminó y el sol se abrió camino en un cielo despejado, ya muchos de nosotros estábamos dispersos a lo largo de una ancha playa. Muchos habían muerto, otros estaban perdidos, pero un grupo grande se internó en la selva que nos cobijó con su manto. Y así, fue, como un centenar de negros, con la fuerza de nuestras manos y de nuestros espíritus y guiados por los Orishas, conquistamos nuestra libertad...

Un violento rayo se estrelló a un costado del barco. Yo intenté aprovechar aquella luz, para buscar al hombre que hablaba; pero, no pude verlo, fue una luz fugaz y tan brillante que me cegó completamente.

Esperé que el hombre continuara su historia, pero solo oía la tormenta inclemente. El rasgar violento de las olas, el retumbar de los truenos en intervalos constantes y el crujir lastimero del barco, fueron adormeciendo mi conciencia. Él, quien quiera que fuera, tenía razón. Yo jamás completaría este viaje, mi destino inevitable, era la muerte.

De todos los errores que cometí, solo uno es tan grave merecedor de la condena que hoy pago; creer, aunque fuera una sola vez, en la palabra del hombre blanco. Creí, quizá porque quise creer, porque necesitaba creer, porque no podía aceptar que el destino inalterable de nuestro pueblo solo tuviera dos caminos posibles: esclavo o fugitivo. Creí en Pedro Ursúa, a pesar de su raza, de su estirpe, de su mirada severa, de su plateada armadura imperial, de su fama de masacrador de indios, de negros, de rebeldes...

Sigo inmóvil, pero quisiera contarle esto a aquel que me hablaba; confesarle más bien, para calmar mi consciencia y liberar mi espíritu. Pero, ahora me siento otra vez en la soledad de esta noche infinita, como si aquel que me acompañó con su historia se hubiera esfumado de pronto, como la luz fugaz del rayo.

Sé que me matarán, que arrojarán mi cuerpo a este mar inmenso. Lo supe mucho antes de que me trajeran a este barco. Lo supe antes de que el virrey dictara su sentencia. Lo supe desde que el traidor, Pedro Ursúa, me apresara y me enviara a la audiencia del Perú. Ya tuve suficiente de engaños, como para creer el cuento de que llegaría a Sevilla y que allí sería un hombre libre, en un mundo de blancos.

- La muerte es solo otro viaje. Es otra forma de alcanzar la libertad. Allí, estaba otra vez. Me saltó el corazón al escuchar su voz. Quise correr a buscarle a tientas y abrazarle fuerte, sin importar quien fuera; pero mi cuerpo rígido seguía como clavado a la madera fría del barco.

- Realmente creíste que era posible una tregua con el hombre blanco, que sería posible la convivencia pacífica con aquellos que un día nos arrancaron de nuestras tierras, que destruyeron nuestras aldeas, que masacraron a miles de los nuestros y esclavizaron a otros tantos.

Sentí reproche en su voz que ahora tenía un leve temblor de indignación.

- No solo le fallaste a tu aldea, también a quienes confiamos en ti, allá en Ronconcholón. Fuiste nuestro guía, nuestro líder y libramos junto a ti grandes batallas. Liberamos para nosotros aquellas tierras. Teníamos suficiente para vivir y para luchar. Pero tú quisiste más, quisiste la paz, una paz que no existirá, en

centenares de años, cuando ya nuestros huesos, descansen en el fondo de este mar infinito.

Ahora su voz iracunda se metía en mi cabeza, como afilados cuchillos y hurgaba en mis pensamientos, quería hablar, quería responder, señalar los motivos que me movieron a actuar como actué; pero, el continuaba hablando y su voz ya no era un consuelo, era una tortura más, en estas horas de angustia, de tiniebla, de frialdad.

- Nos matarán, claro que nos matarán y nos arrojarán al mar para librarse para siempre de nosotros, porque para ellos solo somos malditos cimarrones, palenqueros, esclavos rebeldes...

Con el tenue resplandor del amanecer, vimos los cuerpos desparramados por la playa, mucho de ellos muertos, otros desmayados; débiles por la batalla sobre el barco o con las olas. Con las pocas fuerzas y con un pesado caminar nos fuimos adentrando en la selva, buscando su refugio. Agradecemos haber llegado a una tierra tan parecida a la nuestra, con su lluvia abundante, con su sofocante calor.

La calma había vuelto y otra vez. El barco se deslizaba con suavidad. Y así, con esa suavidad me volvía a hablar, a contar su historia...

- ¿Lo recuerdas? Dime, ¿Lo recuerdas? Fue gracias a los indios que llegamos a Ronconcholón. Ellos rescataron nuestros cuerpos moribundos, ellos curaron las heridas, ellos saciaron nuestra sed y nuestra hambre y fueron nuestros guías durante tres días con sus noches...

La voz de aquel desconocido se fue apagando, hasta que solo fue un susurrar que sentía aquí a mi lado. Sentía también el calor de su cuerpo recostado junto al mío, sentía el calor de su aliento susurrar sobre mi cara.

- Bayano, a ti debemos la libertad de nuestro pueblo, la redención de nuestra raza. Tu nombre retumbará en la montaña y en los ríos y en tu nombre derrotaremos, al fin, este imperio cruel...

Ahora reconozco la voz... casi pude ver esos ojos inmensos que me miran... siento las manos, como garras, que sujetan mi cuello y me arrancan la carne... y me ahoga, me aprietan tanto que el aire no entra... Sacudo mis manos, contoneo mi cuerpo y estiro mis piernas buscando apoyo, pero el barco bajo mis pies ya no está. Una brisa suave y salada se estrella en mi cara y una paz profunda se apodera de mi espíritu.

- He allí al cimarrón, colgado como mereciere – gritó el capitán señalando el cuerpo rígido, del negro que colgaba del palo mayor de Galeón. – descolgadle ya y arrojadlo al mar....

La Patria en una carta

Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia: traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso solo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!

Thomas Sheiler, suspendió la lectura y miró los rostros de los campesinos, apenas iluminados por la guaricha²¹. Le escuchaban atentos, pero no veía en ellos, la pasión y el entusiasmo que se despertó en él, cuando leyó por primera vez aquellas palabras.

Aprendió a leer desde pequeño, gracias a su amistad temprana con un niño inglés y desde entonces, leía con entusiasmo cualquier texto con el que tuviera contacto. Aquella tarde, aprovechando la espera del patrón, tomó la revista que reposaba en la mesa, era un número de The Jamaica Quarterly Journal and Literary Gazette. En ella un texto titulado A Friends, cambiaría el destino de su vida y el de muchos.

Thomas había nacido en el istmo, pero, cuando los patrones vieron mermados sus negocios y decidieron explorar suerte en la isla, él y su familia tuvieron que acompañarlos. Siempre recordaba Su vida en el istmo, como una añoranza. Volver era como un sueño lejano, casi imposible. Por ello, cuando leyó aquel texto sintió una gran emoción, otra vez, empezó a soñar.

²¹Para los campesinos en Panamá: Lámpara artesanal de Kerosene.

Por sus constantes lecturas a hurtadillas, había estado al tanto de todo lo que acontecía en el continente. La figura del General Bolívar, estaba mitificada en su imaginario. Su mayor sueño de gloria había sido acompañar al Libertador en su salida de Jamaica y en su retorno triunfal a América. No pudo concretar su sueño de gloria junto al libertador, pero buscó incesantemente la forma de embarcarse con rumbo al continente.

Volvió a la lectura, a los párrafos previamente marcados, para levantar el entusiasmo de los campesinos multados. ...

¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo.

Llegó al istmo en un barco de contrabando que atracó en Coclé y ya no volvió a embarcarse. Deambuló de pueblo en pueblo, buscando la forma de unirse a cualquier grupo de patriotas que quisieran seguir los sueños liberales, pero con el tiempo se fue decepcionando de la pasividad istmeña.

Ahora, que las luchas patrióticas iban expandiéndose por todo el continente, se convenció de que era el momento de luchar y de levantar al pueblo contra el imperio español.

...Lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos...

Terminó de leer con el mismo entusiasmo y vigor con que había iniciado y continuó arengando.

Estas son las palabras del Libertador, del General Simón Bolívar. Este, es el destino al que estamos llamados los istmeños, pero tenemos que unirnos; así es, tenemos que unirnos, tenemos que expulsarlos y ser realmente libres. Ya basta de servidumbre, es momento de luchar por nuestra libertad, librarnos de ese maldito yugo español...

Los campesinos escuchaban atentos, les parecían ajenas muchas de aquellas palabras. Libertad, sí libertad, pero de poco valía aquella libertad si se reemplazaba un amo por otro amo. Una cosa si tenían claro, el abuso de los españoles tenía que acabar, pero seguían escépticos en cuanto a cómo serían ellos beneficiados de aquella lucha.

Thomas Sheiler se volvió a sentar, sentía que su esperanza de lucha y libertad se escurría como el agua entre sus dedos y su ánimo iba en decadencia, cuando una voz le sacó de sus cavilaciones.

-“yo le creo, yo creo que se puede luchar y se puede vencer... yo le acompaño.”

Levantó su mirada y vio a una joven sonriente que le tendía la mano.

“mi nombre es Rufina”.

3er. Premio

Título: Un alemán en la flor de la vida
Seudónimo: Demetrio González
Autor: Carlos Wynter Melo
Provincia: Panamá



Para sacar el mejor provecho a estos cuentos.

Algunos guiños antes de comenzar. No se pierda de vista a un par de personajes ficticios y protagonistas: Richard Ackermann, germanista impenitente, y Demetrio González, bohemio y escritor panameño. Los demás actores bailan al son que estos dos tocan.

Ackermann se hace eco de las ideas de Friedrich Nietzsche. González cita con frecuencia a Vasconcelos y, de manera menos obvia, a Rogelio Sinán. Ambos aparecen agazapados o visibles en todas las narraciones. Son contrincantes y amigos. El escenario que comparten es las costas darienitas. El tiempo, los alrededores del año 1940.

Aunque las historias se cruzan, cada una es un cuento. Nada de lo que se relata ocurrió realmente.

Un alemán en la flor de la vida

Es interesante investigar el origen de los apellidos. Muchos de ellos se resbalaron por la ladera de los años como la corriente de un río caprichoso, o cayeron por un precipicio cual salto de agua.

Richard Ackermann, alemán de rancia estirpe, llegó a la Palma en el año de 1940. Al principio, no dijo a nadie qué hacía ahí. Solo comenzó a habitar una cabaña que rentó a

comerciantes darienitas. Por su actitud y edad, resultaba obvio que no estaba en la flor de la vida.

De gran estatura, se le veía entrar doblado por el umbral de la puerta. En las tardes, su cuerpo alargado y flaquísimo se enredaba en una hamaca de hilos de nailon que colgaba en el portal. Vestía siempre camisas de blanco lino, bluyines y botas de caucho. Se cubría la cara con la sombra de un sombrero de paja amarillenta y ala ancha.

Su vivienda era de madera y estaba pintada de celeste y rojo; ambos colores brillaban como solo el acrílico brilla. Era demasiado color para el alemán y lo manifestó en más de una ocasión, pero nadie se preocupó demasiado por su disgusto. Se entendió que era un hombre de preferencias grises y frías. Aquella, quizás, fue la primera pista sobre su misterio.

Sus costumbres iniciaron siendo apacibles y muy discretas. Desayunaba en la fonda regentada por mama Rosí, donde pedía siempre lo mismo con un impecable inglés al que la cocinera no estaba acostumbrada. Ella le respondía pausadamente con un acento mucho más mestizo—era educada con él porque el alemán lo era con ella. Él mantenía siempre el control sobre sus emociones y gracias a ello, pudo ocultar por varios meses las razones de su estadía. Solo una discusión con Demetrio Gonzáles, uno de los personajes más pintorescos de la Palma en aquellos años, lo empujó a delatarse.

Demetrio González vagaba entonces por las costas del Darién, alojándose donde pudiera, dedicado a tomar notas de lo que a otros les parecían nimiedades. No resultaba inusual que durmiera en casa de alguna mujer. Hoy es un hecho comprobado que dejó vástagos en Jaqué, Sambú y la Palma, todos reconocidos con el facilísimo apellido de González. Su encanto nacía de palabras que pronunciaba cuidadosamente y de su capacidad para ordenar ideas de modo seductor. Usaba camisas flojas, casi siempre abiertas hasta iniciado el vientre, y pantalones diablo fuerte. Se sabía que era el autor de un libro llamado El jardín y los muros, obra que poquísimas personas habían visto y menos leído. Era asiduo visitante de la fonda de mama Rosí, donde coincidió, un día y finalmente, con el alemán.

En la agonía de una tarde, estaban algunos agricultores, Demetrio y Richard. Mientras que Ackermann se había recluso en un ángulo de la fonda, Demetrio estaba entre

los trabajadores como uno más. Eran hombres recios y callados los agricultores plataneros; sus pieles estaban tostadas por el sol y sus ropas percutidas por la aspereza de la intemperie. Y el cansancio los llevaba más a escuchar que a pronunciar palabra. Agradecían, sin duda, el entretenimiento que una buena arenga podía darles, siempre y cuando no los obligara a mover ni un dedo.

Bebido el escritor, comenzó a hablar sobre las dulzuras del mestizaje, tema sobre el que le gustaba reflexionar.

–En un futuro muy cercano, mis amigos, no sobrevivirá el más apto, sino el más mestizo.

Siendo la mayoría de los comensales mezcolanzas de negros, blancos e indígenas, aceptaron lo dicho con entusiasmo. Richard Ackermann, imperturbable hasta entonces, se revolvió en su asiento. La mayoría de los presentes llevaron sus ojos a él alertados por el zurrar de su silla. El escritor, diestro en provocar molestia, insistió:

–Y es que, mis amigos, el más apto será el más mestizo. Ackermann buscó la mirada de quien hablaba y en perfecto español, idioma que no había utilizado hasta entonces, aseveró con voz de trueno:

–El mestizo, trabajadores plataneros, no tiene más que confusión, falta de vigor y barbarie...

–Pero solo al principio–lo interrumpió Demetrio con una rapidez sorprendente, como si hubiera sabido de antemano lo que el alemán iba a decir–. La mezcla entre razas distintas tarda en cuajar. Pero una vez cristalizada, mi amigo, el nuevo espécimen recoge los mejores atributos de sus padres–el escritor no hacía más que repetir las teorías de Vasconcelos. Pero su interlocutor no era lector de Vasconcelos; lo era bastante, por el contrario, del germanista Friedrich Nietzsche.

–Es irresponsable hacer tales declaraciones, trabajadores plataneros, sin pruebas legítimas. Si algo ha llevado al mundo hasta los muladares en los que está, es la falta de conocimiento serio. No escuchen a este hombre...

–Pero sí tengo pruebas–interrumpió, otra vez, Demetrio, achispado su verbo y entusiasmo por el alcohol–. Será una prueba que podrá experimentar en carne propia, amigo mío.

El alemán no contestó, pero sus gestos invitaron a Gonzáles a continuar.

–Es una apuesta. ¿Están listos, mis amigos, para escucharla? Expectantes, la mayoría de los presentes agitaron sus cabezas.

–Que se interne en la selva, la selva de mayor espesura, por el lado del nacimiento del río. Y que pase doce noches ahí, arrullado por los sonidos de las aves nocturnas y la música de los insectos. Si a su regreso no ha cambiado de parecer, me retractaré públicamente.

Pero el extranjero no estaba dispuesto a ser manipulado:

– ¿Para qué, trabajadores plataneros? ¿Para qué semejante necesidad?–se defendió Richard.

Los rostros iban de un lado a otro, como si atestiguaran lanzamientos de piedras desde una y otra orilla de un lago.

–Para que encuentres, amigo mío, en la diferencia entre insectos, aves, ranas y gatos nocturnos, la flor de la vida, hombre, y te convenzas de que la existencia se recrea cuando se une lo distinto.

Ningún argumento llegó en ayuda del alemán, cercado su orgullo por aquella emboscada. No estaba dispuesto a sacrificar su férrea posición. Y no lo hacía para sí mismo, ya que su paz mental permanecería intacta no importando qué, se decía, sino por la verdad que se creía responsable de comunicar ejemplarmente.

Aceptó la apuesta y selló el trato con un apretón de manos.

Al día siguiente, comenzaron los preparativos para el viaje. Jack, un negro antillano que conocía muy bien la zona, fue requerido como guía. Aunque la idea de acampar tan incómodamente le había parecido terrible al principio, el alemán no la interpretó así tras

sopesarla tranquilamente. Después de todo, a eso había ido, a probar sus hipótesis sobre el mestizaje y el trópico como causas de atrofia para los hombres. El guía habría de llevarlo hasta aquellos confines de la selva, lo dejaría con suficiente alimento, y volvería por él tras un lapso convenido. Selva adentro, tendría la suficiente calma para ordenar los datos recolectados y reflexionar sobre ellos.

El alemán llenó una mochila con carne seca en abundancia, arroz envuelto, plátanos cocidos, una cantimplora llena y su hamaca de nailon hecha rollo. Tenía confianza en su fortaleza física; los entornos que había habitado no eran más benévolos que esa parte del trópico. Y podía, incluso, disfrutar de dormir a cielo abierto, no se diga del sonido de la naturaleza y la caricia del rocío de las mañanas. Lo que Richard Ackermann no sabía era el afán que Demetrio González había escondido tras el reto.

A las nueve de la mañana, inició la marcha hacia las entrañas de la selva. El negro Jack se introdujo por senderos como embudos verdes. Se abrieron paso entre espacios mínimos de ramajes tupidos. El camino fue tomando forma. Y siguió el negro con un machete relampagueante, cortando plantas parásitas que colgaban de los árboles altos. Y el alemán no se amedrentaba y mantenía el paso virilmente.

Habrían pasado dos horas cuando llegaron a un descampado. Ahí se asomaban tímidos los rayos del sol. Como un pequeño techo, había una malla de ramas cruzadas, como brazos. Jack, con gestos, dio a entender que ahí era el lugar, si el alemán quería. El europeo respiró hondo mientras cerraba los ojos. Sí, los sonidos de la naturaleza se escuchaban como un espeso murmullo. De inmediato, miró a su alrededor y descubrió dos árboles que se erguían paralelos.

—Ahí podré colgar mi hamaca.

Jack asintió, sonrió. Pero Ackermann no se dignó devolverle la sonrisa. No porque le desagradara Jack. Al contrario, el negro le había caído simpático. No obstante, prefería mantenerse ecuánime, descontaminado de emociones. Estaba dando, después de todo, una lección sobre verdades irrefutables que nada tenían que ver con simpatías o subjetivismos.

Jack, finalmente, comenzó a emprender el camino de regreso. Dejó una despedida y un consejo cuando ya se alejaba:

–Recuerde por donde vinimos, alemán. Si tiene cualquier problema, cualquiera, regrésese. Si sigue por el sendero de la derecha, encontrará un poblado de pescadores. Pero no encontrará hombres fuertes ahí porque son, alemán, pescadores, y se embarcan y desaparecen por largo tiempo. Solo hallará mujeres y niños. Por el sendero de la izquierda, tras una caminata de una hora u hora y media, llegará a las riberas del río.

El negro Jack no se sintió escuchado—el alemán hacía girar su azul mirada por los pelambres de árboles bajos y no le prestaba atención—y, envalentonado por la cara que supo plantar Demetrio González, dejó solo a Ackermann sin decirle una palabra más. Cuando el alemán buscó a su guía, se encontró con el vacío.

Caída la noche, por instantes, el extranjero tuvo epifanías sobre el Génesis cristiano y un sueño en el que, trepado en lo más alto de un árbol cocobolo, recitaba conocidas frases bíblicas —Esto le produjo confusión, siendo su adorado Nietzsche un acérrimo enemigo del cristianismo:

–Y dijo Dios: produzca la Tierra seres vivientes según su especie: bestias, y serpientes y animales de la Tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios los animales de la Tierra según su especie, y ganado según su especie, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Cuando, en el sueño, se lanzó desde la copa del árbol, despertó en la hamaca estremecida, sobresaltado.

Doce días después, según lo convenido, Jack se apareció. El alemán no podía verse más feliz. Estaba hecho un ovillo en el centro de la hamaca y su rostro sonreía, entre los nudos espaciados de las cuerdas, como si fuera el de un niño travieso. Jack no le prestó mucha atención y se limitó a agrupar los enseres del alemán para que el regreso fuera expedito. Ackermann no tardó mucho en sumarse a la tarea y, en pocos minutos, tenía su mochila empacada y colgada de los hombros.

Como suele pasar, quizás por la facilidad de lo conocido, el camino de vuelta fue mucho más ligero. Igual que la vez anterior, Jack fue abriendo paso con el machete y Ackermann lo siguió a poca distancia. La espesura de la selva y su humedad eran las mismas, pero ahora la actitud del alemán era más relajada y hasta dulce, podría decirse. Avanzaba, tal vez, alegremente. Con el tiempo desgranándose de ese modo, pronto apareció la circular claridad del túnel que llega a su fin.

Lo primero que vio el alemán fue la cara sonriente de Demetrio González, quien iba escoltado por un grupo de agricultores.

–Bienvenido, mi amigo–se apresuró a decir el escritor–, nos da mucho gusto verte otra vez, después de tu aventura. Hemos querido sorprenderte con esta puntual espera. ¿Ha sido descortés que hayamos aguardado por ti?

–En absoluto–contestó el alemán aún caminando hacia ellos, sin haberlos alcanzado–. ¿Ven la alegría en mis ojos, trabajadores plataneros, bohemio personaje de los trópicos?

–Sí, la veo, pero desconozco la causa.

–Ya la conocerá. Vayamos a la fonda de mama Rosí, ¿te parece, bohemio personaje de los trópicos?

–Por supuesto.

Y anduvo el grupo hacia la casucha de madera, la fonda de mama Rosí, como una procesión de monjes en éxtasis.

–Concedo –comenzó diciendo el alemán –que el útero de la naturaleza, por usar una metáfora que me parece exacta, es embriagante. Me siento cual recién nacido. He sido, trabajadores plataneros, bohemio personaje del trópico, renovado. Si eso es lo que preveías con la apuesta, lo concedo sin dudar: venciste.

Demetrio González pellizcó la comisura derecha de sus labios con una sonrisa astuta y ladeada.

–Sin embargo, tal como relatan las leyendas imperecederas, es distinto el efecto que tienen las maravillas en razas inferiores y superiores. No he visto un solo pájaro, por muy maravillosos que fueran sus colores, que me arrancara un suspiro descontrolado. Ningún felino, con su hermosa cintura y exuberante forma, ha provocado que yo, un hombre de hierro deje de ser hombre de hierro, que la pureza dejara de ser pureza.

Demetrio miró al alemán, por primera vez, con una expresión severa y hasta decepcionada.

– ¿Nada le han enseñado las revolturas de la selva, sus colores, el modo en que las diversas especies se hacen una entre hojas y ramas?

–En absoluto–insistió Ackermann–. Aunque puedo reconocer que, en ti, bohemio personaje del trópico, tales revolturas, como las has llamado, puedan tener un efecto diferente. Verás, es un asunto de temple, de voluntad. Y el mestizo, no teniendo raíces ciertas a las que asirse, es un ser inestable.

– ¿Nada ha despertado un cambio en ti, nada?

–Como dije, nada en absoluto. Pude muy bien separar lo que me rodeaba de mi agudo discernimiento.

¿Qué más podía decir el escritor?

Aun con la sospecha de que la confesión estaba inconclusa, claudicó. Y ante los agricultores más fieros de la Palma, aceptó su derrota, derrota que fue también la de ellos.

–La sangre diluida de los mestizos es como agua sucia en la que ningún rostro se reconoce –dijo, como dictando sentencia, el alemán.

Meses después, abandonó su cabaña cuando aún el sol estaba oculto. No se supo más de él. En sus libretas llevaba apuntes sobre lo que había aprendido de la inteligencia humana en el trópico. Demetrio todavía se quedó mucho tiempo más, pegado como estaba a esa comunidad recóndita.

Habría pasado año y medio desde la partida del alemán cuando dos mujeres indígenas, que poco iban al poblado, habitantes de un caserío de pescadores, surgieron de la selva. De la mano llevaban sendos niños de tez muy clara y facciones angulosas.

–Bellos como leopardos de piel manchada–pensó González en cuanto los vio venir, cual luces sobre un fondo oscuro–. Ese lago turbio es el único en el que me reconoceré siempre.

Las mujeres buscaban a un tal Jaqueman, Jaqueman, llamado que les trajo reminiscencias, a más de un agricultor platanero, de aquel alemán que tanto defendió su entereza. Nadie las sacó del error, ni corrigieron el apelativo que aparecía en sus reclamos. No tuvieron más que decir. Aunque no dieran con el padre de las criaturas, mostraron

mucha persistencia en que se las registrara en propiedad, legalmente. Un niño y otro quedaron nombrados como Daniel Jaqueman y Ricardo Jaqueman, apellido que nacía en el mismísimo momento en que se hizo el proceso legal.

Sueño con Tokio en el Darién

En lo profundo de la selva del Darién, habita un hombre que visualiza e interpreta sueños. Tongueros, les llaman. Vive en un caserío en el que hay al menos cien hombres, mujeres y niños, los que le respetan hasta la veneración. No convive mucho, sin embargo, con ellos. Para mantener su don en inmejorables condiciones, se aísla frecuentemente y reflexiona sobre lo que hay en su mente y corazón.

Quien le enseñó a ser tonguero, su padre, le advirtió que no se sumergiera más de la cuenta en sí mismo, que esto podría enredarlo. Pero soñar le deja tan buen sabor de boca que ignora la advertencia frecuentemente.

La mayoría de los hombres del pueblo sostienen a sus familias con la pesca. El pescado no solo complementa la dieta de verduras, tubérculos y frutas, sino que puede venderse con facilidad y dejar dólares suficientes para hacer compras en la ciudad. Pero el tonguero no se entrega a esta actividad provechosa. Su única ocupación es conocer e interpretar sus propios sueños y los de los demás. Si come algún pescado es porque lo recibe como agradecimiento por sus interpretaciones.

Desde hace algunos años, es pareja de una mujer llamada Waní. Con ella tuvo dos hijos que aún viven con ellos y contribuyen con tareas cotidianas a la familia. A diferencia de él, ella es una mujer terrenal y meticulosa. Se pasa los días llevando a cabo labores precisas e invariables. Prepara comidas a base de plátano y maíz; va al río a lavar la ropa; mantiene ordenada la choza de barro y pencas que unos pocos pilotes pulidos sostienen. Ella es muy previsible, pero eso no quiere decir que carezca de una voluntad fuerte y orgullosa.

Un día él, en sueños, visita la ciudad de Tokio. Nunca estuvo en ese espacio urbano y ajeno, pero dormido se impresiona tanto que, al despertar, puede describir calles completas exactamente. Su gozo puede palparse. Había visto antes, admirado, estampas de Japón, pero ahora eran los mismísimos vericuetos del barrio Minato Ku los visitados. Incluso entró a un templo sintoísta cercano a la boca de una estación del metro.

Entusiasmado, cuenta el sueño a su esposa. Sin darle tiempo a que reaccione, sale de la choza y congrega a sus vecinos. Ellos se sientan al pie de la vivienda para escucharlo. Waní sigue el relato alegremente hasta que oye hablar de una tal Chiasa.

—La conocí caminando por Ueno park. Cruzó mi camino como una estela de luz.

Las vecinas piden con miradas una reacción de Waní. No es bien visto que un hombre hable con tantos bríos de una mujer que no es la suya. Se considera una velada traición. El silencio se clava como el filo de un machete y se va ensanchando. El tonguero entiende lo que pasa y se defiende.

—No se falta el respeto a la mujer si lo que nos embruja es un sueño.

Esto apaga las llamaradas de suspicacia y reaviva el interés por el relato.

—¿Ueno park? —pregunta un vecino.

—Sí, Ueno park. En el sueño, entiendo japonés perfectamente.

Aunque sonrío, Waní sigue perturbada por la tal Chiasa.

El suplicio no termina hasta que la historia acaba y el grupo se deshace. Cada quien enrumba hacia su propia vivienda.

A la mañana siguiente, el tonguero se despierta tan feliz como el día anterior.

—Waní, mujer, ¿a que no adivinas qué soñé?

—Soñaste que estabas en Tokio —dice Waní con cansancio.

—Así es. ¿Y con quién crees que paseé, mujer?

—Con Chiasa—murmura Waní entre dientes.

—¡Sí!—exclama el tonguero.

Pero, de inmediato, se calla. No es su intención lastimar a la madre de sus hijos y es obvio que sus comentarios la lastimaron.

Waní se da cuenta del silencio que provoca. No quiere que su esposo guarde secretos.

Prefiera ser aguijoneada por los celos a que se vuelvan seres extraños.

—Sigue—le ordena—. Cuéntame.

El tonguero le hace caso, pero se cubre las espaldas con una explicación.

—Recuerda que los sueños son un eco de este mundo. Chiasa no es exactamente real. Es un símbolo de lo real. No te enojés por lo que yo diga de ella.

A Waní la enoja más que la trate con condescendencia. Cree que el tonguero oculta mal su egoísta regocijo. Pero el deseo de saber lo que su esposo ha soñado puede más que cualquier desagrado.

—Cuéntame.

—Chiasa y yo nos casamos. Ofició la ceremonia un monje budista y muchos parientes asistieron engalanados.

—¿Has desposado a otra mujer?!

—Pero, Waní, ya te he dicho que el mundo de los sueños llega como un grito que apenas se oye. No es lo mismo.

Ella decide guardarse la rabia. Prefiere saber. Prefiere oír lo que su esposo sueña, aunque se sienta herida. Lo escucha describir la casa de pilares monumentales en que vive con Chiasa...

Pero, desde ese día, Waní no puede dormir bien. No soporta la idea de que, cuando su hombre se acomoda entre las mantas, otra mujer se mete en sus pensamientos.

El tonguero se sumerge cada vez más en sí mismo. Algunos días pierde la conciencia acostado bajo la sombra de un árbol. O se duerme muy temprano en la choza. Esto ha hecho que sea más distraído. Camina por el pueblo sin prestar atención a los demás. Ya no comprende bien qué es real y qué no.

Para Waní, el colmo de los tormentos es cuando el tonguero le habla de su otra familia. Varios años pasaron en pocas noches.

—A diferencia de nosotros, que tenemos una hembra y un macho, allá soy padre de dos niños.

Esto acaba provocando en Waní un insomnio interminable. Y escuchar los ronquidos del tonguero no mejora la situación. En ocasiones, cuando lo sabe profundamente dormido, le da fuertes codazos para alejarlo, dice ella, de Chiasa. Siendo un hombre tan respetado en la comunidad, ella no encuentra alguien que comparta su reprobación por la doble vida.

Llega el día en que los hombres se van a pescar y quedan las mujeres a sus anchas, con los hijos. El tonguero aprovecha para internarse en la selva y soñar bajo árboles frondosos. No es nada fuera de lo común.

Cuando el sol ha comenzado a ocultarse, el tonguero regresa lentamente a su choza. No tarda mucho en llegar al tronco cortado en escalones que permite alcanzar la

puerta. Sube y antes de trasponer el umbral, escucha quejas. Son quejas, pero de placer. Pronto se da cuenta de que Waní está haciendo el amor. Cruza la entrada.

Hay un hombre blanco y larguísimo, barbado como los conquistadores españoles del siglo quince. Sí, como de otro mundo. Está desnudo y está tendido sobre Waní, quien se mueve con ojos cerrados. Un sombrero de paja, bluyín y botas de caucho están regados en el piso, pero el extraño no se parece a ningún agrónomo que frecuente la zona.

—¡Qué es esto, mujer! —exclama el tonguero enloquecido por lo que a todas vistas es una flagrante traición.

Los cuerpos que estaban trenzados se desprenden uno del otro, de golpe, como un nudo falso al que le halan un extremo de su cinta. Aparecen miradas de ojos desorbitados.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Waní

—¿En nuestra choza?!

—Me refiero a qué haces en mi sueño.

El tonguero mira a su alrededor con incredulidad.

—¿Es un sueño? —murmura como hablándose a sí mismo.

—Por supuesto. Vamos, vete. Sal.

El tonguero, aturdido, obedece la orden. Sale de la choza y comienza a bajar uno a uno los escalones del tronco.

¿Qué pudo ser aquello sino un sueño? El tonguero se dice que es hora de hacer caso a lo que decía su padre: No se debe permanecer ensimismado por demasiado tiempo.

Waní sigue en su encuentro amoroso hasta que la oscuridad se traga por completo el poblado. El hombre rubio, tal como apareció, desaparece. Waní no le parece extraño que así sea, dado que fue un sueño.

Algunos meses después, llega el zigzagueante rumor de que un estudioso alemán ha estado rondando la región. Estuvo alojado, aseguran, en una cabaña en la Palma y vagó alrededor de la comunidad pesquera por un tiempo. Waní y el tonguero escuchan el chisme con curiosidad, pero no se preocupan más de la cuenta.

Unas semanas después, sin embargo, los sacude el asombro por un tercer embarazo. Es entonces que lo entienden: este tercer hijo tendrá rasgos diferentes al de los otros dos, y sus ojos, tal vez, brillen celestes y alemanes.

Una bandada de pericos

Demetrio González llegó a las costas del Darién despreciando la vida citadina. Adiós ciudades, pensaba. Creyó que podía escribir mejor lejos del frío cemento. Como provenía de una familia pudiente, en cuyo seno nunca le faltó nada, no calculó cómo sobreviviría. Solo había partido hacia el sur creyendo que cruzaría, tarde o temprano, la frontera. Pero se quedó en el camino. La madre naturaleza le proveyó lo que necesitaba y más, así que se dejó seducir por ella.

Pasados algunos meses, se sintió irresistiblemente enamorado de una afroantillana, una negrita. Cuando uno se enfrenta a la atracción entre cuerpos, no hay diferencia racial que valga. Lucy Cummins era su nombre, pero todos la llamaban Lucí. Tenía los ojos del color de las almendras, la piel reluciente y oscura como la capa de una paleta skimo pie, y sabía moverse como una pantera majestuosa. Él le plantó ojos en cuanto la vio en la fonda de mama Rosí. La abordó con una estrategia firme en su mente. Le dijo que haría todo por ella, que se cortaría las venas para darle de beber, si era necesario. No sabía si, llegado el momento, podría cumplir con su desaforado juramento, pero no prometió en vano: tenía toda la intención de dedicarle su vida. Para su buena suerte, no hubo necesidad de llegar a más. A Lucí le bastó con su palabra. Y se hicieron pareja. El escribiente no sabía lo que le esperaba.

Amparado por la tranquilidad del cobijo femenino, lo invadió el orgullo intelectual. Creyó comprender la magia de los darienitas. Desgranó sus reflexiones en reglas. Regla número uno: las mujeres del Darién no necesitan a un hombre para vivir, pero necesitan vivir con un hombre. No requieren, pues, que el hombre las mantenga materialmente. Como la autoritaria Madre naturaleza, lo cuidan y poseen. Él no tenía problemas con eso.

Lucí le abrió las puertas de su casa de madera y zinc, sin restricciones. Y, lo más valioso, entregó su corazón. Le dio su cuerpo sin tardar mucho. Nunca, en fin, le negó su cariño. Además, garantizó dos golpes de comida diarios: ñames, otoes y, a veces, gallina.

A cambio, pedía muy poco, solo que Demetrio la escuchara. Pero esto era más difícil de lo que podría parecer: Lucí hablaba, como se dice comúnmente, hasta por los codos. Oír su parloteo y no desesperarse era reto para los más fuertes.

Al principio, Demetrio lo soportó. Supo demostrar el interés del hombre curioso que era.

—La sangre africana no es de soledades; Lucí habla para sentirse acompañada— justificó, a la vez que tomaba notas y reflexionaba al respecto.

Cuando quiso retomar su escritura, sin embargo, la falta de silencio casi lo enloqueció. Se enconchaba sobre el escritorio para protegerse de lo que le rodeaba. Pero Lucí no entendía. El escritor se había recluso en la selva para embriagarse de vida, pero también quería poner en palabras su experiencia. Y un suceso desconcertante aún estaba por venir.

Hacía varios días que Demetrio observaba una bandada de pericos sobrevolar la casucha de hojas de zinc y dejar su barullo tras círculos que formaba, hasta que volvía a perderse en la selva. Esos pájaros siempre le habían parecido niños traviesos, de ojos grandes. Pero no lograba comprender su esencia y escribirla. Menos porque Lucí reclamaba su atención incansablemente.

—Qué haces ahora, Deme. ¿Escribes? ¿Escribes sobre mí? Yo sé sobre qué deberías escribir tú, Deme. Yo tengo la historia que le interesará a Raimundo y a todo el mundo. Escribe sobre el fin del planeta, Deme. Sobre un apocalipsis desesperado y, a la vez, revelador, Deme...

Y así seguía sin parar. Y si González daba muestras de enojo, ella mostraba cierto dolor, que era lo menos que quería el escribiente. Verla llorar era peor que recibir un golpe en el estómago.

—Claro que te quiero, negrita—acababa consolándola.

No se daba, sin embargo, por vencido. Seguía tratando de elevar su concentración por sobre el barullo de los pericos y de su propia perica. Sí, era como si Lucí también graznara y sobrevolara su cabeza. Imaginarla de ese modo fue tomando fuerza hasta que el pensamiento se hizo carne.

Un día en que la verde bandada volvió a pasar, Lucí salió de la casa y agitó en el aire una escoba de paja amarillenta y puntiaguda. Los pericos, como si se prepararan para un ataque, regresaron haciendo una curva en el cielo. Alinearon su flecha de plumas relucientes. Cuando estuvieron cerca de Lucí, aceleraron aún más su vuelo. Y, finalmente, la envolvieron con su escándalo y su verdísimo desorden.

Para cuando se elevaron una vez más, no quedaban huellas de Lucí en el sendero de tierra.

«La perica Lucí es raptada por una bandada de pericos», escribió Demetrio.

La frase se detuvo en el tiempo, frente al escritor, como si fuera un pañuelo blanco que la atracción de la tierra no pudiera vencer. Flotó y flotó. Y, mientras tanto, Lucí era cada vez más un recuerdo.

No hubo sobresalto. El escritor volvió a mirar la hoja de papel que tenía delante y reinició su escritura. Una frase nació:

«Apartada de su compañero, con quien mantiene un vínculo sideral, la mujer es llevada por la bandada de pericos. El batir de alas y el ruido del parloteo la silenciaron e hicieron invisible».

Pero dos horas después, eso era todo lo que había escrito. La quietud no le había ayudado. Es más, lo había vaciado de inspiración. No le quedó más que abandonar sobre la mesilla su pluma. Y se dio a la tarea de explicarse racionalmente lo que había ocurrido con Lucí.

Alejo Carpentier y otros autores de vocación africana escribieron que algunos seres podían transformarse en jabalís u otros animales. Pero eran metamorfosis voluntarias. Demetrio no creía que Lucí se hubiera percatado siquiera de lo que ocurrió.

Tal vez Lucí estaba en la fonda de mama Rosí ahora. Los pericos se habrían ido por un lado y ella por otro. El escritor enrumbó hacia la fonda.

Pero Demetrio no vio a Lucí ahí. Dos o tres trabajadores plataneros comían lentamente, bebían lentamente. Volvió a mirar porque la fonda estaba casi a oscura y pudo haberla pasado por alto. Pero no, no estaba entre los presentes.

Se sentó frente a la tabla que, acostada sobre patas de madera, separaba el comedero de la cocina. Mama Rosí secaba los platos que recién había lavado. Demetrio la llamó con un gesto. Ella lo vio, pero no se movió de donde estaba. Él volvió a pedirle que viniera, pero aún sin hablar. Ella no le obedeció.

—Mama Rosí, ¿puede venir un momentito?

Solo entonces la negra, de abundantes caderas y nalgatorio, se acercó al escritor.

—¿Qué quieres, Demetrio? ¿Qué pasa?

—No encuentro a Lucí, mama. ¿No la has visto?

—No, no la he visto desde hace días. ¿Qué fue lo que pasó?

Entonces Demetrio narró con pelos y señales lo pasado. No calló su molestia por lo mucho que Lucí hablaba, ni lo imaginado sobre los pericos.

–A ver–dijo Mamá Rosí–, si se la han llevado los pericos, la culpa ha sido tuya. Lucí no puede inventar algo así. Tú sí eres escritor.

Esto le pareció cierto a Demetrio y no lo contradijo.

–Si ha sido eso y no otra cosa, depende de tu cabeza que el asunto se solucione, Demetrio González.

El escritor asintió enérgicamente y mama Rosí se alejó sin decir más, sin dejar de mirarlo. La mujer no creyó necesario más regaños. Acabó comprendiendo que la congoja era sincera. Ya se arreglaría lo que tuviera que arreglarse. Ya Luci aparecería. Demetrio se preparó para aplicar sus reglas sobre el Darién.

Regla darienita número dos: si te equivocaste, sufres tu equivocación sin arrastrar a los otros. Podrás pedir ayuda y la mayoría de los darienitas será solidario, pero solo si te haces responsable de tus errores. Otro gallo cantará si no te pones vivo.

Así que se fue a la casa y permaneció siete días con sus noches sin Luci. Se entregó a resolver el asunto él solo. Trató, durante ese tiempo, de descubrir el misterio de los pericos. Y no tenía otro modo de hacerlo que escribiendo. Pero no logró plasmar en el papel nada sensato. Solo aparecieron oraciones como la que sigue:

«Niños, ¿quién detendría sus travesuras? Verdes, amarillos, ¿quién negaría su belleza?»

O similares a esta:

«Había una vez un ser hecho de mango que comenzó a hablar. Se arrancó sus cáscaras y le nacieron plumas»

Basura, nada conmovedor o que esclarezca algo, se recriminó González.

A la mañana del octavo día, Lucí apareció en la vereda. Demetrio la vio por el ventanuco. Llevaba puestos los mismos pantalones cortos y la camiseta de colores que amontonaba sus senos.

–Pericos, uno maduro, y salióse, su seno desnudo–recitó Demetrio.

Cuando la mujer alcanzó la puerta, su voz se desprendió del cuerpo como si fuera un ser independiente de ella.

–No fuiste a buscarme, Deme. ¡Y yo esperándote!

– ¿Adónde debía buscarte, negrita?

– ¿Adónde va a ser, Deme? Al Reino de los pericos. Dicen que estuviste mucho tiempo a su puerta, pero no acabaste de entrar.

O sea que su escritura había estado a punto de cuajar, después de todo. No le habían alcanzado las palabras. Ni la inspiración.

—Me confesaron su secreto.

— ¿Quiénes?

—Cómo que quiénes. ¡Los pericos, Deme, los pericos!

—¿Te lo dijeron a ti y no a mí?

—Dijeron que eso mismito ibas a reclamar: por qué a mí y no a ti. Es que yo no busqué nada, yo solo encontré. Así es más fácil.

El escribiente deseó no pensar.

—En fin, ¿quieres saberlo, Deme, el secreto?

Demetrio asintió.

— ¡Que te relajes, hombre! ¡Que dejes que las cosas lleguen por sí solas!

Y el escritor pensó:

« ¿Verde sueño perico? Verde»

¿Regla darienita número tres?

En el Darién, no hay reglas.

i Paráfrasis del poema Mangos de Rogelio Sinán.

CATEGORÍA PINTURA

Reseña histórica

En 1977 inicia el Primer Certamen Literario Obrero Nacional

“Se trata de un esfuerzo con el objetivo de ampliar la visión nacional tan trascendental en la producción, la cual no solo cumple una función de carácter estrictamente económica, sino también tiene potencialidades que sólo requieren los vehículos adecuados para manifestarse”

Licdo. Adolfo Ahumada- Exministro de Trabajo y Bienestar Social. 1977

Primeros ganadores de la categoría en el año 1977

1er. Premio: Onésimo Sánchez

2do. Premios: Jorge Favul

3er. Premio: Carlos A. Reed

Jurados:

- Berta Polo
- Antonia Madrid
- Rogelio Pretto

Ganadores de Pintura

1er. Premio

Título: Cultivando emancipación y soberanía

Seudónimo: Noé

Autor: Damian Oriel Rivas Meneses

Provincia: Panamá Oeste

Técnica: Acrílico sobre tela

Tamaño: 36" x 30"



2do. Premio

Título:	Bicentenario e imaginación
Seudónimo:	Checa
Autor:	Radames Manuel Pinzón Heredia
Provincia:	Panamá Oeste
Técnica:	Acrílico sobre tela
Tamaño:	35" x 40"



3er. Premio

Título: Oh patria tan pequeña
Seudónimo: Johan
Autor: Manuel Alfredo Serrano Martínez
Provincia: Panamá
Técnica: Mixta
Tamaño: 74x90 cm



GANADORES de PINTURA



1er. Premio
Damian Rivas



2do. Premio
Radames Pinzón



3er. Premio
Manuel Serrano

CATEGORÍA POESÍA

Reseña histórica

En 1977 el Ministerio de Trabajo y Bienestar Social, por conducto del Instituto Panameño de Estudios Laborales, máximo organismo de educación obrera en el país, institucionaliza los certámenes culturales para los trabajadores panameños. Luego de un esfuerzo, por el logro del objetivo de ampliar la visión nacional, la cual no solo cumple una función económica, sino también tiene potencialidades que sólo requieren los vehículos adecuados para manifestarse.

La poesía es la primera categoría literaria que plasma la clase obrera, para manifestar las actividades sociales, que en la actualidad quedan en la historia patria para su desarrollo.

Primeros ganadores de la categoría en el año 1977

1er. Premio: Marcos Wever, con el poema “Nadie”.

2do. Premio: Héctor Palacios, con el poema “Poemario”

3er. Premio: Víctor Gómez Chetri, con el poema “Estas tierras fueron libres”.

Jurados:

Pedro Rivera

José Franco

César Young Núñez

Ganadores de Poesía

1er. Premio

Título: Altares de la patria
Seudónimo: Naza
Autor: Héctor Collado Mendieta
Provincia: Panamá Oeste



***En los trances duros, los señoritos invocan a la patria y la venden; el pueblo
no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre.***

Antonio Machado

PÓRTICO

Como un rosario de sal y viento se desgrana,
de piedra y tiempo, este reto al sol, irrepetible.
Ahí se está frente al Mar del Sur, luce su diana
con el pecho roto, empero glorioso, irreductible.

La Ciudad de Panamá, “La muy noble y muy leal”
De la raíz al altar, regresa de sus cimientos
Se ciñe bien la corona de antigua novia del mar,
Telúrica y marinera, lúcida Rosa de los vientos.

¡Oh franja gloriosa y santa que los abuelos fundaron!
bautizada Tierra Firme por Castilla y por León.
Navegantes de horizontes, tantos tesoros soñaron
Testigo, La Catedral de Nuestra Señora de la Asunción.

De ayer a hoy floreces de fuego, carbón y ceniza
Y es un largo corredor este que tu historia dicta
Cinco siglos después, permaneces retando la brisa.
Bruñe la lluvia tu carácter, y tu esperanza está invicta.

(1821)

Dicen que la montunita
muy temprano despertó
y su piel de raspadura
la mañana engalanó.

Era diez, también noviembre
Un sábado de barrunto
Florecía un Panamá
de la historia contrapunto.

Anuda un sueño su trenza:
va de basquiña y pollera,
olorosa a pacholí
rendida por su quimera.

Ocurrió lo que se sabe
y con acento de mujer
se lanzaba el Primer Grito
que la haría trascender.

“Fugitiva de la Gloria”,
reclama la eternidad...
Para más señas Rufina
yo la nombro Panamá.

Tambor
(coro)
Morena pa dónde vas,
que no me llevas contigo?
¡Ay mi patria, Panamá
por donde vaya, tu irás!
En este Bicentenario

vuelo a tu amor con delirio
y quiero besar tu frente
para merecer tu sino.

Nacida del descontento
de tus varones ilustres
que miraron con las luces
de imaginar el portento.

Lo que fuera un rumor
fue creciendo, polvo y viento,
era el año veintiuno
centuria mil ochocientos.

De cantón en cantón el canto,
De Penonomé, hasta Natá,
de viva voz voló el grito,
se proclamó en Panamá.

Lo celebraría Bolívar
se hizo más grande su sueño
bajo su espada y su signo
celebraron los istmeños,

El Canajagua lo supo,
deliraba el Río La Villa
las tinajas se colmaron
agua fresca, nueva arcilla.

La tórtola volvería
A celebrar en su nido
La casanga tricolor
Cantaría su latido.

(1855)

Una larga cicatriz de hierro,
imaginada por la codicia,
cruzaría la verde espalda de mar a mar.
Aspinwall dejaba su rastro de humo
y despojo a lo largo de la ruta.

La Railroad Company cobraría
una vida por cada durmiente.
70 kilómetros mordisqueando
el músculo de los trabajadores.

El oro enfermo de California
hizo guiños a la miseria:
un trasiego de ansias cruzaría el Istmo y
la bonanza de unos sería tempestad de los más.

Una locomotora ciclópea
avanza sin reparo, traquetean sus vagones,
dejando atrás, relegados, olvidados, descarriados.
Camino real, camino de cruces: futuro canal
Entre la lluvia y la fiebre,
el silbato funeral no distinguió origen
ni piel ni lengua del prójimo,
Como brasas de carbón, en cada viaje, se consumían.

Todos los clavos del calvario para fundar tanta cruz.

(1856)

No es la sandía, señor. No es por el pago, míster
No es tampoco el real... es el abuso, la soberbia.
No se trataba de dar la otra mejilla
ni de dar el brazo a torcer.

La genuflexión no es de hombres
y la dignidad tiene formas de devolver el golpe.
Entonces sangró el arrabal.

Oh my God, farfulló el gringo,
cuando tropezó con el filo de Luna
y la mentada de madre.

Era 15 y abril
y fuimos lodo
y sudor y sangre
y pólvora y cuchillo
y dolor y furia y coraje...

Pero ¡pagaron!

(1903)

15 de mayo

Cuando un hombre sabe que va a morir
gana la inmortalidad;
cuando sabe que deja en la orfandad
a la patria no nacida
enardece y quiere ser pólvora
y plomo en el monte, en la montaña.

Lorenzo mas que un hombre fue una causa;
fue el pánico, comiéndose el corazón del enemigo.

Si su signo es “la pelea es peleando”,
¿cuál sombra miserable puede nublar su brío.

Sobre su espalda heroica se fundó el país
Sobre su frente inmarcesible, un sueño...

La venganza, es decir la traición
fue el arma, sentenciaron paredón.
Pero el corazón ¡ay siguió latiendo!

María se levantó con la aurora,

Sabe que corre riesgos,
como todo el que decide
dejar huellas en el tiempo.
Hay días como vidas que se despiertan
y en la memoria hacen nido, trinchera.

Una máquina de coser de manivela
apunta la diferencia entre el amor y la vida.
Ya cuenta con los lienzos, para juntar mar y cielo,
como su hermano Manuel, le ha propuesto.

María ha vivido suficiente, lo dice su temple, lo dicen sus canas...

Su mano segura, caminos de hilo,
junta los cuarteles...

En el lienzo blanco una estrella la cose Irene,

La otra la apunta Águeda...

Tres colores tendría la bandera, tres madres.

De sus manos germina como cosa viva
el fuego de la patria nueva.

18 de noviembre de 1903

La casta procera

Patricida, impía, perversa.

el país se repartió, -bien se sabe-

hicieron cortes a una res viva:

pecho, falda, cadera, costillar...

El resto lo destazaría,

con canalla exactitud,

Juan y Felipe.

Después Panamá, la entraña rota,

aprendería a caminar,

luego supo ascender,

más tarde conoció el portento de sus alas.

Al final fue la señora de La rosa de los vientos.

(1915)

Piedra y acero la escalera,
lluvia y fuego las compuertas.
El Canal lo abrió la gente,
está hecho de girones de piel,
de silencios cosmopolitas
y nostalgia de lejanía.

Pico y pala, noche y día
cavando un camino ajeno
Barro y piedra, ruta ardida
para beneficio de quién?

Canal de agua, canal de sangre,
Crisol de razas fundido a la intemperie,
salario de Silver roll.

El Chagres es la garganta:
Puente, Puerto, Puerta
por donde aún sangra
esta herida expuesta.

Guerra de Coto 1921

Una bandera es un sueño,
una idea, un corazón que late por miles
una bandera es identidad,
esperanza, el rostro de sus hijos
y Coto lo probaría.

“Los 13 de Bugaba”,
centinelas de selva y manglar,
tendieron la celada:
Calló La sultana.

Caería La estrella.
Cayó La esperanza
de la armada josefina.

Coto era una línea trazada
por los fallos Loubet y White
y ahí quedó desdibujada
la gloria de los combatientes.

El enemigo real hablaba inglés,
Mamita Yunai se llamaba
y con sus naves carroñeras (Pensilvania y Sacramento)
dirimieron el asunto para confinar el banano cruento.
Una bandera es un sueño.

1925

Al llamado de la plebe: "Si hay mitin"
Santa Ana se tornó en polvorín:
Santa Ana de las mil contiendas;
templo de la redención; trinchera irreductible...

Ahí los obreros del Canal
resisten la arbitrariedad de los *casatenientes*:
el capital dictamina el desalojo
de las cuarterías por el no pago...
y la Liga de Inquilinos no pagaría.

La policía no doblega nunca
a la muchedumbre ni rinde banderas,
y una vez más los engendros del Tío Sam
volvieron con sus tropas, en arreos de guerra
bayoneta calada taconeando los adoquines
de la ciudad sitiada
para sofocar la furia de la aldea.

Hoy, la memoria sigue la contienda:
Por cada nombre, si hay mitin;
por cada vida arrancada de la rama,
sí hay mitin, si hay mitin, si hay mitin...

Casas de inquilinato

Esta esquina del mundo
reposa en la entraña
más iluminada de la memoria...

Allí duerme mi infancia,
furula mi adolescencia...

Callejón, acera, balcón:
Barrio de la luz renacida.

Aún percibo su latido de madera
en la sangre azul de los incendios.

Escalera, patio, ventana:
hoja con los nombres
de los que se fueron.

Todavía regreso a las voces
obscenas de su aliento,
a la vocinglería de tus tiendas de abarrotes.

Playa, escuela, solar:
donde el pie descalzo
aprendió a volar.

A veces lloro y cada lagrima
es un rostro que regresa.

A veces regreso a su sueño gris
y es como mirarme en el espejo
y no quiero despertar,

1947

No era una multitud sino un mar de fuego indignado.
desde Salsipuedes, hasta la Plaza de Francia.

Diciembre pareciera signado para la prueba,
para resistir y para vencer.

En la Europa la guerra había clausurado sus ladridos
pero en el Istmo la jauría imperial prevalecía
y exigía sitios de “defensa” para sus bestias.
Ladraron desde la Casa Blanca
Ladró desvergonzada, insolente la oligarquía.

Pero el pueblo, los de a pie, los descamisados,
los del hambre dijeron ¡NO!

A balazos, “caballo sobre caballo”,
pretendieron quebrantar la voluntad de los alzados en armas.

Cada tramo de país es un santuario
y 136 sitios tutelados son un muro ignominioso de fusiles.
La Soberanía debe prevalecer frente a la soberbia.

La arenga de las esfinges, las madres de negro,
reivindicarían la historia: desde el Altar de Victoriano Lorenzo.

Lo que fuera grito en el 1947, sería eco en el 1964: Bases No.

1958

Los estudiantes se fueron a sembrar banderas,
reclamaron la tierra, el cielo y las aguas para soñar
y despertaron flores azules, rosas rojas y blancas
sobre la cintura que perseguía su anhelo.

Era mayo y la muchachada dibujaba caminos nuevos
en sus cuadernos de tareas.
Demandaban nuevas semillas del saber
Reclamaban lo justo en la mesa de todos
y, en el territorio enajenado, banderas sobre las astas.

La brutalidad de los gendarmes y el salvajismo de sus jefes
dibujaron cardenales en el pecho José Manuel Arauz.

*“Somos la mente, somos el brazo
somos también el corazón
unidos todos por este lazo
para honra y gloria de la nación”.*

Cantaron los artesanos.

Y las calles se llenaron de camisas blancas
indignadas, retando con su duelo el humo lloroso
de las bombas y la indiferencia de las balas.

Aquel muerto, fermento para la causa, oxigenó los días.
Las detonaciones y el abuso policial,
el ultraje, amontonaría otros cuerpos,
pero el coraje los traería de vuelta.

Voluntad lacrada en sangre, El Pacto de la Colina
ahí quedó, no como un acto de rendición, sí piedra angular,
testimonio de una Generación.

El Panamá de entonces, era semilla en cada pecho,
trinchera. quería cielo, vuelo.
Medio siglo de iniquidad había sido suficiente:
Victoriano redivivo.

(1959)

Marcha del hambre y la desesperación

Una luz de descontento puede hacer mucha sombra.

Estar a la intemperie, condenado a la indigencia
te obliga a demoler muros, apartar miedos
y te vuelves, por obra y gracia de la necesidad,
en un hombre/una mujer audaz.

Cuando el agua llega al cuello y la prole sufre,
se acaban las contemplaciones. Tú vas porque vas.

-Vámonos caminando-

firme y sin duda, dijo Ernestina Ayarza.

La noche del domingo fue incendiada
por la multitud en marcha...

50 kilómetros de júbilo y solidaridad, caminando.

10 mil almas hermanadas, caminando.

15 horas de jornada, caminando.

Por techo, por el pan, por la tierra.

Si entonces aquellos hombres y mujeres
fueron vejados, reprimidos, encarcelados,
hoy se merecemos la Gloria de su nobleza.

1964

Tela mayor de mis amores
lienzo sagrado de cielo y sangre
Virilidad de la flor, ovulo, estambre
Florecente llama de fragores
Ave tricolor, que naces cada día
del escombros. Glorificado horizonte
Enhiesta resiste, del mar hasta el monte,
Tela mayor, fibra de sol, patria mía

Haz y envés del coraje de enero
nueve veces invicta, siempre erguida;
retal del decoro restañando heridas
Causa sagrada, pedestal, credo.
Tela de mi amor, mi fe de vida,
Trinchera del que lucha, del caído
con la frente en alto el pecho altivo
Vinagre del calvario redención florida

Muchacha de luz, altivo pendón,
consigna rasgada al viento,
canto, paño, retazo de cielo, heroico manto
Árbol, mástil, falo, coraza, corazón.
Cada mártir, cada héroe por ti ha vencido
Y cruzaría otra vez la cerca, el muro
Para sostener el altar que te procuro
como un rito de sangre renacido.

1968

Cuando el verde olivo diera el zarpazo...
se atrinchera:
persigue encarcela, mata...
Acecha desde los techos,
intimida desde las esquinas.
De un exilio borró la inteligencia, la Poesía...

Luego devuelve el golpe
y crea, funda, construye,
inventa una religión de agua y tierra
de soberanía y dignidad
de una bandera para un solo territorio
y luego se va...

Su muerte no fue el desastre
Su ausencia sí.

1975

El día que Eli Black saltaba del piso 44
de un rasca cielo en Nueva York,
las ventanas del edificio de la PAN AM
le miraron desconcertadas por el vértigo de la avaricia.
The United Brands Company
cancelaba una deuda con los trabajadores
de la Chiriquí Land Company;
se le hacía justicia a Rodolfo Aguilar Delgado,
a los abatidos de Ciénaga
a los sueños de Arbenz.

La Guerra del Banano
fue un solo racimo de voluntades,
por el derecho a los frutos de la fruta.

1977

La Morena ondeó alto,
lágrima al sol cristalina,
orgullosa besa el cielo.

7 de febrero de 1974
Ocho puntos. Acuerdo Tack- Kissinger.
Y sonaron las campanas...

La cintura era un poco nuestra...
La semilla brotó, retando el cielo.
Lluvia y tiempo, tiempo y lluvia.

7 de septiembre 1977
Tratados Torrijos-Carter.
Y sonaron las campanas...

Las fronteras se encontrarían
Regresando el latir de las aguas
Al corazón del Istmo.

23 de octubre de 1977
Plebiscito, el voto ordena.
Y sonaron las campanas...

La Morena ondeó alto,
lágrima al sol cristalina,
orgullosa besa el cielo.

1985

Una rosa, segada en la frontera,
lavada por las lluvias y las penas,
puede tener la fuerza del perdón o la venganza.
Una vida, segada al filo del horizonte,
puede llenar de luto o de rencor a los dolientes.
Una silueta vegetal: mitad sombra, mitad sol
puede consumir el silencio que la nombra
o llenar de banderas la mañana

1987

Una marea blanca, blanca hasta la ceguera,
cosechó lo que sembraba.
La marea se ahogaba en su propio reflejo
en el agua turbia de su baba.

Urajea un apóstata resentido y cobarde
y un dolo engendra un fraude mayor.
La rabiblanquera se adjudicó la voz del pueblo
La demagogia detonó los miedos.

Una cruzada, cruz de agonía,
enfangó la dignidad:
ofrecieron cenizas, vendieron humo.
Asidos por el vértigo
hicieron a la plebe caer en su miasma
y se hundió la aldea.
Tenían razón, los de la Cruz,
razones de contrabando.

Fueron días grises, oscuros:
un pueblo de ciegos amotinados
por una caterva de tuertos;
un huddle rodando a tientas y gimiente,
agazapados tras de una libertad,
nunca ganada; una justicia deshonrada;
una democracia aun maniatada...

Los armados, se vaciaron con sevicia
sobre la muchedumbre bruna.
Tuertos, marcharon en columna tras un ciego...
Llovió barrote y garrote sobre los insurrectos.

Y cuando se creyó que por las urnas
sanarían los valores cívicos, Monjes y beatos,
con los dedos untados de incredulidad,
se juntaron a la procesión.
La algazara calamitosa seguía su disonante blanca.

Ni espontánea ni pacífica, la patronal
atendía su divisa: gruñir hasta la ronquera.
Los extras de circo,
figurantes de la incitación,
héroes con sangre ajena
volverían por sus fueros...
De noche la noche hedía.

Yo los vi pasar en caravana, los estoy viendo,
incendiando la noche de la Vía España,
suplicando por una guerra
en la que ninguno de sus hijos moriría.

1989

“Después de 25 enero”

Los hijos de Pensilvania
volvieron a hurgar la cicatriz
para ver qué nos quedaba dentro.

Vinieron de noche,
con la noche por ventaja
para arrasar calles, casas, barrios...

Nos pelaron el orgullo
como un plátano verde
y nos dieron a comer la cáscara amarga.

Fueron una pregunta gigante
con muchos signos de interrogación,
como anzuelos en la carne
para la que aún no hay respuesta.

Golpearon tanto y tan profundo,
médula, hueso, piel...
que no se supo el golpe de donde vino.

Las fechas de la patria se hicieron polvo,
en una fosa común sepultaron la esperanza...
y las bombas siguen cayendo.

1990 - 2020

“Fruta amarga la democracia”

De los panameños de vivienda solamente,
esos que sudan cuando cae Wall Street
y se le frunce el esfínter frente a un comercial de la ubicua Coca-Cola.

Fruta amarga la democracia
de aquellos que confunden el sonido de su mala entraña
con las percusiones de las cajas registradoras.

Democracia mediatizada, adulterada, adocenada, acechada,
agachada, amordazada...

La oligarquía mezquina que rinde culto al dios Mammón
se dispone a instalar su cortejo,
su algazara de bergantes, para el festín de los endriagos.

Las urnas son un ariete para asaltar cada lustro la Silla
para saquear el erario.

Cada elección es un rebrote
de un virus que no se deja vencer,
no hay vacuna ni remedio.

Ya suman treinta inviernos desde el que nos vio la cara... al de poco decoro...
a la de la pura querella...al del sin principio ni fin...
al de quita y deja ...hasta el cabo de vela...
Y sigue el saqueo.

1999

Y la bandera subió al Cerro,
indomable.

Se dejaba ver enhiesta en la cima
En cada cuartel, en cada estrella...
subía el Siglo XXI.

Un instante, un siglo,
lágrima orgullosa
latido de sal rutilante.

En el pecho del mediodía se dibujó
la canción sagrada.

Mi patria tiene sus fechas,
sus heridas de combate,
y no hay olvido que le mate
tan abundante cosecha.
Tiene clavadas cien flechas
el corazón con que vive.
Separada no divide
el gran sueño de Simón
una sola Gran Nación
del Pacífico al Caribe.

Mi patria es una muchacha
dulce y salobre a la vez,
espada es su desnudez
desde el filo hasta la cacha.
Que no te engañe su facha
ni la mires a hurtadillas.
Esa muchacha es sencilla,
pero no le teme al beso
del que canta estando preso
ni al abrazo del que trilla.

Epílogo

Sé que la patria está en alguna parte;
que los manuales mienten; que alguien conspira
para que la historia perezca y parezca una telenovela barata.

Tengo miedo de la guerra que muestra sus encías
con esa mueca espantosa en los televisores,
y no sé qué hacer con el desconcierto este marzo
en que sangran mis dudas.

Tengo miedo del qué dirán los diarios del sobresalto
que inoculan el miedo desde la gangrena de sus primeras planas,
esa morgue odiosa.

Pero más temo al morboso silencio,
a la mirada por encima del hombro,
al ojo que lee la realidad de soslayo.

Tengo veinte años
pero no temo a los deberes que tengo.

Contrapunto

Nací un diciembre perseguido
por los detractores de la flor.

De niño inventé la irreverencia,
y martillé, con el signo de interrogación,
hasta sacar chispas de mis mayores.

Crecí en una atmósfera
de piedra y humo, de humo y plomo,
de plomo y cárcel, de cárcel y muerte.

Pero ahí estaba la flor.
Me hablaron de sus heridas, de sus espinas
de sus viajes, de sus caminos;
y de cómo aprendió del dolor.

Entonces caminé por las piedras,
a tuestas y descalzo;
por adentro me recorrió la muerte,
pero mi esperanza pudo más;
navegué por el humo,
ahogado de gemidos;
y no me libré de la cárcel,
sino hasta después de pagar mi cana.

Por eso cuando llegue el cambio de guardia
seré el custodio de la flor.

2do. Premio

Título: Partida de nacimiento a Rufina Alfaro en el Bicentenario
Seudónimo: Rufina
Autor: Javier Alvarado
Provincia: Herrera



*Ésta fue la mujer herida:
en la noche de los caminos
tuvo por sueño una victoria,
tuvo por abrazo el dolor.
Tuvo por amante una espada. ...
Tú fuiste la libertad,
libertadora enamorada.
Pablo Neruda*

PARTIDA DE NACIMIENTO
A RUFINA ALFARO
EN EL BICENTENARIO

Dejaste tu materia junto al fuego
Se olvidan los caballos en la bruma
La noche se apresura con sus codos
A despertar estrellas y adoquines;
Lo que duerme despierta en una tregua
Y lo despierto pacta hacia la noche;
Las lluvias nos indican el sendero
El verano se ensalza en las hogueras
Los recuerdos nos siembran sus rosales
La boca del jaguar nos ilumina
Sus colmillos desprenden savia nueva;
La tierra nos relame con sus furias;
Viene de la montaña el alfabeto
Para indicar la fobia en los jardines
Esto de florecer desde el adentro
Plenilunio de llama que te espera
Ojos que se regresan nunca más,
Manos que ya nos siembran nunca más,
Dedos que reconocen nunca más;

Vuelve el tiempo con hielo en sus relojes
Vuelve atizando las enormes ráfagas
El invierno penetra en las ventanas
Revientan veraneras por los campos
No envejecen los versos decimeros
Ni el enjambre lunar, endecasílabo;
Rufina se acrecienta por los bosques
Confunde a los soldados del cuartel
Liberta con su voz, los prisioneros;
Es un cañón su voz desde los gritos;

Grita primeramente desde el cuerpo,
Grita en La Villa y vamos escuchando;
Es una flor de innumerables gritos;
Un péndulo sin fin del Canajagua
Azul como la tiara del desmadre
Vuelve al sueño

del cántaro renace

Espejos de tinajas que me encuentran
Las sardinas se trenzan en la espuma
La noche sideral que nos aguarda
El día que despunta en los alcores;
Voy colmado del cierzo a las imágenes;
La independencia vuelve de su forma
Una rosa ya dentro de sí misma;
Vamos corriendo en valles y nevados
En frutas, en faisanes, en las células
Del plomo derretido. Somos llaves
Si dijera este plenilunio roto
Nos acerca a la boca de la ceiba,
A su llama insondable sin vestigios
De las tribus reunidas a su sombra
Cuando ya caminábamos por tierra
Salvajemente tierna y conquistada
Y era nuestra la aurora de los cantos.

Si pensara

-volver hacia tu frente

Hacia el sendero nuevo de la patria
Si eres río crecido por el pecho
O quebrada dispuesta por el cauce
En mensajes y diálogos del agua;
Mujer de los augurios y los gritos,
Sed saciada del pozo y de sus márgenes,
Levadura del cielo con su corzo

Dedal de ceremonias y fronteras;
Vaso ceremonial que se desborda,
Artesana de luna en las retinas
Arquera de los trinos y el ciruelo
Marañón que se tiempla en sus rodajas;
Trueno infalible, poma desbocada
Puntería del astro que me nace,
Galaxia del color de las espuelas
Maíz nebular, canto de los gallos
Istmeña sin partida y nacimiento,
Mito que se alza en pléyades de sombra
Leyenda que se incrusta en los veleros
En las ramas del viento tripulante
En ajorcas de niños y banderas.

Decidme, tú, Rufina, junto al aire;
De cuál árbol viniste hacia mi mano,
Desde que noche abriste la recarga
Para que retumbaran los pilones
Saludo del arroz que da su marcha
Golpes en la madera y las edades
Nadie sabe si existes o soñamos.

En mis ojos te llueves, vas cerrada
Un alto movimiento nos cercena
Un cuchillo de luz en los celestes
Frutos; alba, quietud y mediodía
Guerreros de este cielo, congelados
Luz de todos los trópicos en vuelo
Allí donde este sol cierra sus párpados
Y conjura las huestes del aguaje
Cerniendo nuestros sueños con el fuego
Racimos de oro, lluvia que no cesa
De aullar por esos siglos que recorren

La piedra del lamento, si al tocar
Somos origen, légamo que besa
Pincel para desbaratar los cuerpos
Calendario de espigas, ya mortales
Vendaje de los astros y el desnudo
De morir de pie, verbo de los soles
Fuga del dinosaurio, bosque muerto
Espesura inminente del mañana

Ensenada del día y de tus torres
Avasallando al niño de cristales
Si el gong es milenario con deleite
Fuga en masa de todos los caminos
Encrucijadas donde el polvo traza
Orgasmos con delicia y con sus fiebres.
Eres la transparencia del sonido
Tambor de Panamá que da sus llantos
Toda la tierra muere en tu silencio
En tu piafar profundo de centaura.

Flotas como una falda en el ocaso
Desflecada de truenos y relámpagos,
Vibras como la música llorada
Cual infierno del cielo o de la llama
Esas estatuas líquidas que salen
Bramando con tus peplos y llanuras;
Tengo sed y el lagarto tiene sueño
Dentro del blanco estanque, sin el loto
Cortado a dos mitades y te sientes
La posición del toro reclinado
Si todo vuelve, marcha de los tiempos;

Destellas tu venablo con lo oscuro
Las borlas de las Parcas tienen sangre
Ejércitos de lodo y de ceniza
Parcelas de los huesos y la tierra
Esposa inmaterial y su acertijo;
Si dominas memoria y pensamiento;
En tus senos y sexo yo me lluevo,
Un sermón cotidiano nos refleja
Escribo para revivir la noche
Contando estas historias en mí hamaca
Del divino sahíla, los collares;
Si alteras el Dariel con tu conjuro
Eres jardín mordiendo mis estatuas
Columnas de dolor con el detritus
Niños que hablan en lenguas seculares.

Eres el viento envuelto en la palmera
Enhiestos coches, agua del suburbio
Aura creciente, masa del delirio;
Despiertas como un mundo tan sonámbulo
Donde empollan las ninfas, las estrellas
Con un sopor meridiano y benéfico.
Si por este pistilo la alta torre
Revuelve su acidez en los pantanos
La liebre solitaria abre camino
Boca pétrea, rama desdeñada
De los bosques perpetuos en la nieve;
Es por furia, el rencor de los leones
Porque no volverás desde las rocas
A hallar este sopor diseminado
Este lenguaje natural del hijo
Que se encarna de epístolas florales.

Aquí traigo la copa del solsticio
Un primer surtidor que nos reclama
Por la mujer dormida de los valles;
Ranas de oro que vuelven del silencio
Materias descarnadas, no solares
Dama epistolar, páramo inminente
Fuga que se proclama sin ocaso
Pura deidad de los mineros tristes
Una ilusión de pan a los arqueros;
Luz súbita que muerden otros pájaros
Carne cenital, cría de los truenos
Otoño que no borra, cielo calmo
Resurrector de vientos y palabras
Abre su resplandor color de cielo
Esta ciudad que arenga con sus muros

Abro una pared, miro hacia una fecha;
Piedras frías, marchitas, descarnadas
Nos dejan con su puma de alfabetos
Panamá Viejo porta dos estrellas
Una furia color de vino o sangre
Amontillados túneles que ladran
Camino del esclavo o del arriero
Del hacendado fantasmal que nutre
El calor de las tiendas o posadas.
Era el tiempo de lirios con olores
Las audiencias reales fueron gritos

Este es mi Panamá que yo sustento
Mulas con plata u oro del Perú
Al camino Real o de las Cruces;

Como un fuego diezmado de silencio
El día tiene dones y espesuras
Que resuenan con olas de sonido
Igual que una mujer te me desnudas
Eres la catedral que parpadea
Sus laureles de luz y concha nácar
Campanarios de bruma y resplandores
Campanas que gotean el dialecto
Eso que hace silbar a las palomas
Y el ebrio caracol que parlotea
Sexuando nuestros bosques y las selvas
Si levantas las piedras de oro diáfano
Penetrando en mí, infierno del azufre
Nube de cobre, cielo derretido
Fundas en mí la llave del portento
La greda entrelazada en los dominios
Donde ya Paluná abre sus cejas,
Sus avatares de resplandor y agua;

Cual noche de la edad y de la atmósfera
Tributo por las tribus y la sangre
Alguien que te encontró en los meteoros
Funda nuestra lamentación con ónix
Un pedernal de plata y sus cuchillos
Donde el jaguar mastica la obsidiana,
Si por las nubes, todas escanciadas
Nos lleva el pastor al dormido valle
Laguna sideral de ardor profundo
Donde rielan la balsa y los destellos
La flor determinada por la carne
El desvelo del cuarzo y de la alfombra
Zurcida por los pétalos caídos
La cavidad que ciega corredores
Los ancestros amorfos de los cuentos

De la lámpara y sépalos nupciales

Si eres la pandereta en nuestras manos
Flauta deshilachada en el regreso
Laúd que toca el vodevil secreto
Un perfume que toca la corista
Un grumo muerto, manantial quebrado
Atardecer de pesca de los botes
Donde todo villorrio sin regreso
Llora por el cardumen y las redes.

Yo no vi ese sol del 64
Manchado con las crines funerales
Donde una mujer reza por el pueblo
Y donde un hombre corta con machete
Las cañas del sustento, Dios es cárcel
Un ditirambo fresco en lo profuso
Si de Diana Morán es el castigo
Si de todos el mártir es el mártir

La gaviota de cruz abierta brama
La gaviota de cruz cerrada escribe
Un verso inmemorial, duro y sin límite
Rosa Landecho corta las estrellas
Un galope de Ascanio nos recorre
Son las balas y balas del geranio
Un tejido bifronte, llamarada
La bandera se alzó y nos estremece
El grito tricolor de las diademas
Un canto de los astros submarinos
Los niños de la paz ya fosforecen
Es en enero donde calzan filos
Puñales y navajas son el pueblo;

Se alzan los tejedores de la lana
Con furias de zafiro y sedimentos
Acongojada voz de los laureles
Si persigo este mundo taladrado
Entre llamas y sistros invernales
Jolgorio circular de las abejas;
Con sus huestes de grumo galopando
Con niñas viudas y muñecas solas
De madrastras enfermas por la fiebre;
Si destinamos sueños contra párpados,
Intersticios que salvan al oído
Materias combustibles, saltan pianos
En geranios de fieltro y tempestades
Divinidades paren lluvia y tierra;
Resoplidos de sangre con terneros;

Ellos inclinan, vianda solitaria
Ya la última gaviota va temblando;
Como los equinoccios con cristales
Los círculos, las casas tan abiertas;
Banderas que obsesionan al salitre,
Armas de invierno, malva del verano
Restaña el plenilunio de los ópalos
Los olvidos terrestres con su cuita.

Polvo solar, habitación a oscuras,
Como gallos o bestias enlucidos
Campanas degolladas que nos suenan
Sonajas de memoria, siempre tácitas
El moho de los puentes ya me aviva;

Sonríe la miseria con sus arpas
Con un arpa de ratas inconclusas
Mordiendo genitales y hojarascas
Si niños son terciados por la adelfa.

Cuerpo del carbonero con la sangre
Del fuego por la sangre a los sabuesos
Petrifican tu sueño desvelado;
Los huesos nos convocan a tocarnos
La materia inmortal de los imanes;
Me pierdo en el estanque de los gansos.
Son los ruidos que tercian a la lluvia,
Nos moja, metafísica de piel
La marcha guarnecida de los ojos
Da su fondo, lebrel de los planetas,
Anillo nupcial, placidez metálica.

Moscas vírgenes, música con islas;
Dominios donde vamos a escaparnos
Para que nos alcancen los recuerdos,
Crujan despertadores y badajos.
El solsticio de heridas nos asombra
Un halcón de cenizas con presencia
Salamandra de estirpes aprendidas.
Infantes que envejecen al instante.

Canto de surtidor, con el velamen
Una pareja de gacelas lésbicas
Con otro pescador encarnizado
Manto púrpura, aldea de los dones
Las palomas de greda que se inclinan

Para beber mis alas, mis visitas
De fantasmas domésticos, alzados
Bostezan masticando los caminos
Ramo de esplendor con los alcoholes.

El grumete levanta su rocío,
Se despiertan los muertos bailadores
Los muertos tan vivientes de esta aurora
Las rocas de humo llaman las perdices
La jauría de cazadores torvos;
Un río atestigua bañar los cuervos.

Huérfano y humillado caracol,
Un soplo visperado hacia la barca
Se respiran las bestias de exterminio,
Plata que ronca abriendo nuestros poros.

Los niños se despiden con corceles,
Con detritus y llamas de fragancia.
Nadie media con cuerpo y con abismo.
Se aceleran las cóleras del cielo.

Es tierra de villorio y pescadores
Divina mariposa de los peces
En el 89 tan turbada;
Tierra para el antiguo forastero
Sol de maíz, errante peregrino
Se enfilan en tu boca las vocales
Las noches tienen pálpito de ácido
Una helada quietud que las transforma

El seco toronjil por los estanques
Invade la torcaz, madera diáfana
Madera vegetal de los secretos

Un auriga de sol para el deshielo
Trópico nebuloso que ya reclama
Este oficio de piedras siderales
Plinto que se carcome todo solo
Un piélago cautivo del cordaje
En su perpetuo tránsito de fiebre
Pensamiento que el agua disemina
Desde un trono de piedras aromadas
Máscara viva, resplandor de jade
Rosas de los semáforos que nadan
En un líquido vegetal, oscuro
Olifantes de polvo en sus dominios

Guerrero del ciprés en su morada;

Del maíz eres un atrapasueños
Una nube de maíz y otro péndulo
Que derrama licor por las cosechas
Porque tu rostro es rostro en los caminos
La piedra de moler de nuestros huesos;
Un capitel que se abre y que se cierra
Donde la desnudez vuelve a cantar
Con ajos y limones estrellados;
Destierro fantasmal que me derrite
El tributo que rinden por el tránsito;
El mar altisonante y sus endechas,

Eso es cavar, cavar, cavar el pozo
Boca de espiga, lengua de los ángeles
Princesa dormitada por El Caño;
Lagarta visperada en Sitio Conte
Reina del día en huacas sepulcrales;

Porque la muerte es un diablico sucio

Lagartija sin casa ni sustento
Un silencio de limos o de menta
Una puerta de llaves enterradas
Tú Rufina, la viva, inexistente
La del seno desnudo como el mango
Que Rogelio Sinán cantaba siempre;
Que pervive cual Cerro Canajagua
Por sus provincias, pueblos y comarcas.

Rufina la sin lápida ni historia:
Te dejo tu partida y nacimiento;
Panameña del oro y del solsticio,
Panameña de ciclos colmenares,
Panameña de naves panameñas.
Quédate aquí, mujer de todo el tiempo,
Mujer que eres el timbre en los relojes.
Esta es Rufina madre de las conchas,
Madre de los delfines y las islas;
Madre infinita de la estación seca,
Madre de las lloviznas y los truenos.

Esa es mi Panamá y sus orquídeas
Con sus siglos de peces-mariposas

Sonando en el tambor bicentenario;
Un raspao solemne para el viento
Jarcia decapitada del velamen
Un sancocho crepuscular, tomado.
Navegas y navegas con tu cuita
Con lámpara de piedras sementales;

Ampliación de la tierra y de sus gritos,
Un estrecho dudoso con mi trova,
Un canal de Rufinas desplegadas,
Una canción de gloria del dormido.

3er. Premio

Título: Tinaja de Oro
Seudónimo: Hijo de la memoria
Autor: Aiban Jesús Velarde Chiari
Provincia: Panamá



TINAJA DE ORO

No había sol, no había luna, no habían nacido las estrellas
al inicio todo era oscuro
Baba y Nana, los hacedores, empezaron a crear la tierra
completamente humana
La madre tierra tomó distintos nombres, según su evolución y desarrollo
todo fue una gran fiesta Ologwadule llegó a su plenitud
y la madre tierra retuvo su nombre definitivo Nana Ologwadule
Te nomino Olodilisobe primer nombre de la Madre Tierra
hacedora de todas las aguas
somos la luz de su creación
Madre Ologwadiryai, irremplazable eres
canta tu corazón el primer soplo de la vida
desde el vientre de los ríos profundos
segundo nombre de la Madre Tierra

Oloiddirdili el agua es tu fundamento de vida
dejó brotar desde sus entrañas el nacimiento de los continentes
emergieron las montañas, los ríos y los piélagos
y la sabiduría se esparció en las distintas formas de vida
Te invoco Madre Oloarbigidili
la tierra desde que floreció no volvió a descansar para seguir creando vida
Oh Madre Nabgwana
eres el corazón de la madre de todas las generaciones
y fue Nabgwana el corazón de su madre, Nana
el corazón de su padre, Baba
desde entonces todos los seres vivos se conectaron con el resto del universo
así nació la tierra desde el fondo del corazón de Nabgwana
todo en secreto quedaron las alas de los pájaros nocturnos
cantando para siempre al viento y a la osamenta del árbol
desde entonces quedaron grabadas las palabras más tiernas de la tierra
así cantaba la partera, la abuela desde el corazón de la hamaca
y las nubes se enrojecieron en Nega Duu
la luna parece navegar en un cayuco de oro
coqueteando con las flores en el firmamento
el universo se hizo añicos
en el útero del tiempo
envidio a los vientos que aún te observan
desde la primera morada de los árboles
el universo tomó su tiempo
comenzó el proceso de liberación de Nabgwana
Mago y Ologwadule son abuelos de los ocho hermanos
es la cuarta etapa donde aparece la primera pareja humana
dijo la cantora
se está formando el espíritu del sol
allá arriba en el país de las nubes
sobre el nacimiento de los ocho hermanos
pero hay una hermana en ti
la primera hermana que dibujó magia
con los dedos el arcoíris

no hay hogar como tú en las estrellas, Olowagli
son nueve tinajas que van dibujando nombres
en el vientre del sol
Dios tejió delicadamente
las semillas al viento
y llevaron el secreto del universo dentro de sus cuerpos
son nueve tinajas para celebrar la vida
son nueve tinajas que laten dentro de nosotros
de manera infinita
son nueve tinajas con sus nombres y sus flores
y están aquí en la tierra
cacareó el gallo
y llegó el nuevo día
el parto debe continuar dijo el sol
es sólo el comienzo
la luna gritó a la tierra Oloibena Medde'
la última tinaja del cosmos
es la tinaja de la gran armonía
la tinaja danzó de forma circular cerca de la luna
llegó el primer hermano Ibelele
iluminando las nubes multicolores del país de las nubes
y recorrió el lenguaje de la curvatura de la tierra
contempló a Ologunibbiler
donde emergen las energías vitales
Ibeler por fin llegó a Olonubdigili
en aquel reino descubrió una planta venenosa
si desatara su furia, morirían todos los peces de los ríos
meditó en el secreto esplendor de Nabgwana
llegó Oller, la deidad de la risa
el humor se apoderó en su espíritu
el hacedor lo hizo un espíritu alegre
donde las consonantes, las vocales los verbos se disuelven en la risa
llegó Olowigabbibilele
vino desde lo más alto de los árboles

trajo el amor por la defensa de la tierra
su saliva es divina es un gran orador
advino Olosunnibeler para doblegar el espíritu del mal
bajó Uudule vino el protector del cosmos
el protector de la casa universal
vino para defender el espacio sideral
descendió Ologwadgwaddule el gran guerrero
para multiplicar las energías de la tierra
descendió Igwaoginyabbilele
el espíritu del inmenso árbol
el hermanito menor, su corazón es pétreo
es la esencia del arquero divino, el cazador de las auroras
llegó por fin el turno de la gran hermana Olowagli
la maldad dormía como un ataúd
debajo de la tierra
Olowagli tú que sabes de memoria el nombre de cada silencio
el misterio de la muerte con sus metáforas de vida
mujer ontóloga
dicen que en aquellos días de tu nacimiento
el trueno descifró su código de vida
con el alfabeto de la naturaleza
el lenguaje de la tierra
Nabgwana sufría, bajaba fríos intensos sobre la Madre Tierra
así morían muchos
los hermanos crecieron, caminaron bajo el follaje de grandes arbustos
los ocho hermanos escucharon allí un extraño ave
Gwlaa, gwelabdoli
Ibeler cayó ante el animal; y luego dijo a sus hermanos:
algo valioso nos han quitado, eso nos dice el ave
hermanos, un tesoro muy grande nos ha sido arrebatado
nos han engullido un tesoro
y los hermanos callaban
la comunidad vivía en espanto
los ocho hermanos gritaban:

“no nacimos para beber ríos fétidos”
gritaron, liberemos a la Madre tierra
así cantaba la partera desde la hamaca azul
niña ya es medianoche, la abuela canta desde la casa cósmica
venimos desde la región fulgurante del sol
venimos desde los altos roquedales
te relato el origen de los tiempos
el devenir existencial de nuestra genealogía
para escudriñar el viento
para descifrar el mundo con el canto de arrullo
para calmar tú sed por el origen
maraquita de oro
he visto que en tu alma habita el arcoíris
te digo que no cortaré tus alas
para que puedas volar alto como una mariposa en el firmamento
por eso eres el sostén de la gran montaña
niña jaguar, niña mar, niña estrella
al son de las maracas de las olas
sigues nombrando con el arrullo de mamá
el lenguaje de los animales
nombras a Olowieliginyabbiler
mientras el cangrejo juega con la arena
el cangrejo camina despacio
así mismo la tierra se creó lentamente
niña nombras a Igwadigdiginya
el colibrí vuela en medio del silencio
lleva el lenguaje del aleteo
por eso ha de llegar hasta la epidermis del alma
niña nombras a Oloagwinabbiler
juega el delfín en el piélago
salta y no puedes capturar su espíritu
baja hasta las profundidades del océano
para conocer nuevos hogares
niña, tú espíritu es infinito como el mar

eterno e interminable canto
maraquita de oro
hoy el cielo y la tierra sonríen
porque tus sueños son alas de libertad
pequeña niña del viento y el mar de la tierra y los árboles
y no olvides el canto de arrullo
es el lenguaje profundo de tu alma
niña portadora de sueños
siembras la vida con flores, con cantos
conjurando el futuro, construyendo la esperanza
y el eco de tú nombre, maraquita de oro se transformó en viento, en libélulas
memoria y canto desde la primera placenta del cosmos
así canta la partera, evoca un sentido insondable del canto de arrullo.

CATEGORÍA ARTESANÍA

Reseña histórica

En 1995 en su XV versión el Certamen Nacional Pictórico Literario Obrero, incluye esta nueva categoría: La Décima.

“En el siglo venidero la contienda ha de ser primero con nuestros propios olvidos y desidias. El cambio debe conllevar la verdadera intención para la participación individual y colectiva. En este sendero avanzamos todos, comprometidos como creadores, como organizadores, como sector de gobierno. Cada necesidad, oportunidad ausente debe ser desafío para la superación recordando siempre que las respuestas no son el final para la búsqueda de mejor ruta. Que para el cambio nuestro compromiso es encontrar quiénes somos, a través de lo que hacemos, y eso significa optimizarnos con la verdad, encontrando el espejo en el diario sinónimo de esperanza que nos une.”

Discurso de Eyra Harbar en la entrega de premios del XV Certamen Pictórico Literario Obrero 1995.

Primeros ganadores de la categoría en el año 1995

1er. Premio: Armando Díaz, Bety Martínez y Adelina Pereira

2do. Premio: Rubén Contreras

3er. Premio: Margot Ulloa

Ganadores de Artesanía

1er. Premio

Título: Fuerza laboral, 200 años como alfarero de las vías de desarrollo del país.

Seudónimo: GIA

Autor: Jorge Luis Camaño

Provincia: Panamá

Técnica y materiales: Mural en alto relieve confeccionado en pasta de cerámica fría, madera, macilla industrial, fibra de vidrio.

Tamaño: 36" de ancho x 26" de alto



2do. Premio

Título: Con nuestras manos logramos construir y evolucionar a Panamá

Seudónimo: Willy

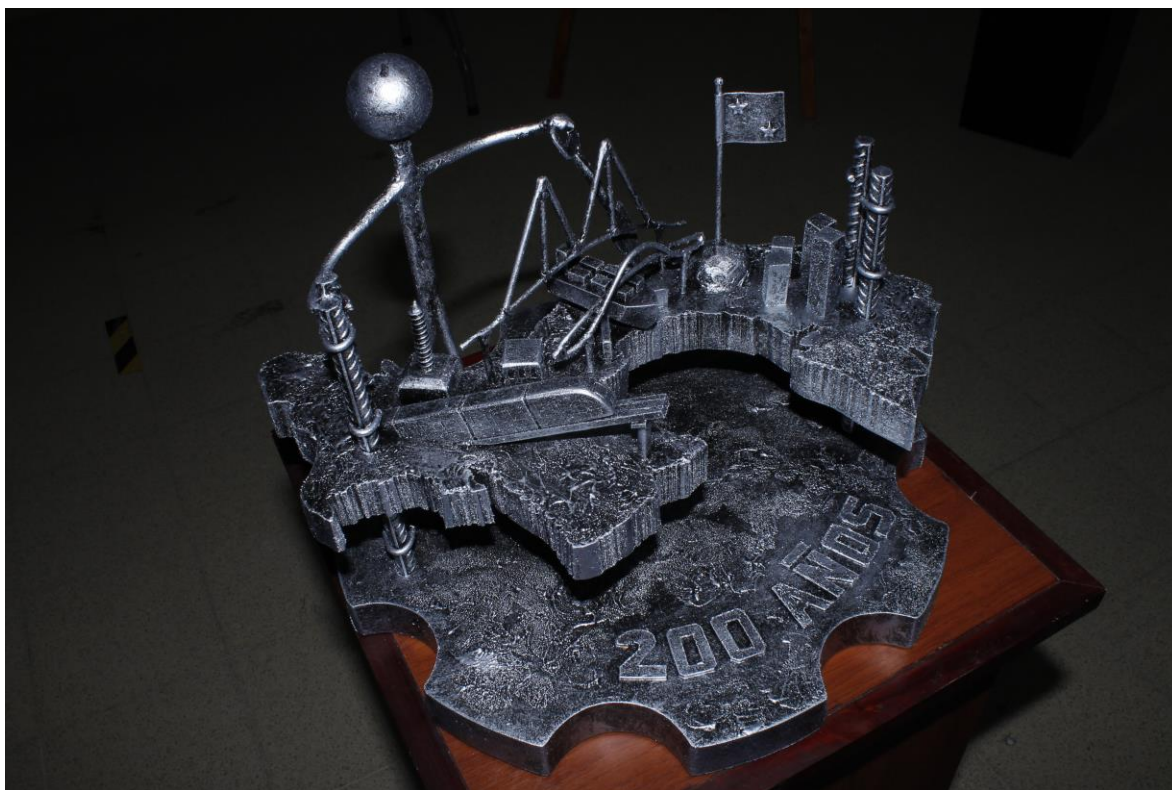
Autor: Wilfredo Martínez Vásquez

Provincia: Panamá

Técnica Bulto redondo (escultura).

y materiales: Madera y acero

Tamaño: Diámetro de 0.35 x 0.27 cm de alto



3er. Premio

Título: Hojas de libertad
Seudónimo: Orquídea
Autor: Katia Magela Rivera Caballero
Provincia: Chiriquí
Técnica y materiales: Técnica mixta (pintura acrílica, hielo seco, porcelanicon, teja, papel, floratape, alambre, madera, masilla acrílica, pasta para modelar, latas, resina epóxica y escamas de pescado).
Tamaño: 39 x 36 cm.



Ganadores de Artesanía



1er. Premio
Jorge Luis Camaño



2do. Premio
Wilfredo Martínez



3er. Premio
Katia Rivera

CATEGORÍA

DÉCIMA

Reseña histórica:

En 1995 en su XV versión el Certamen Nacional Pictórico Literario Obrero, incluye esta nueva categoría: La Décima.

“La importancia de este concurso, que hoy nos convoca está en su alcance como canal indispensable para asegurar el reconocimiento del trabajo creativo, dentro de un sentido más amplio. Se trata de fundar la participación colectiva en la multiplicidad de formas para la expresión. Para el logro de tal fin, cada género de este certamen es un puente tendido. Este puente ha de permanecer abierto, procurando el tránsito de la actividad cultural a nivel nacional.”

-Discurso de Eyra Harbar en la entrega de premios del XV Certamen Pictórico Literario Obrero 1995.

Primeros ganadores de la categoría en el año 1995

Primeros ganadores 1995

1er. Premio: Porfirio Salazar

2do. Premios: Adherbal Toulhier

3er. Premio: Edearley Berrío Canto

Ganadores de Décima

1er. Premio

Título: Panamá la patria mía
Seudónimo: Caudillo
Autor: Edy Omar Ruiz Quintero
Provincia: Herrera



Panamá, la patria mía.
Con resplandores de gloria
la flor del bicentenario,
enaltece su escenario
en el altar de la historia.

1

Con fervoroso ideal
cada patriota importante,
con pundonor acuciante
rompió el yugo colonial.
Emancipación total
fue la consigna notoria
y por esa ejecutoria
hoy tiene la patria mía,
completa soberanía;
con resplandores de gloria.

2

Desde aquel mil ochocientos
veintiuno, en que logramos
la libertad que soñamos
en los cruciales momentos.
A surgir de los cimientos
fue el esfuerzo visionario,
por ende, al extraordinario
Istmo feraz de progreso;
lo adorna con embeleso:
la flor del bicentenario.

3

Y en mil novecientos tres,
sin mirar los infortunios;
la luz de los plenilunios
alumbraron otra vez.
Mi patria con lucidez
y su instinto libertario,
construyó en su itinerario
una aurora comercial;
por eso a nivel mundial
enaltece su escenario.

4

Con sempiterno destello,
la antorcha de regocijos
sigue alumbrando a los hijos
por el camino más bello.
Panamá con sacro sello
en tu estirpe meritoria,
fulguran con la victoria
dos centurias que se anillan;
a tus próceres que brillan
en el altar de la historia.

2do. Premio

Título: Doscientos años de desarrollo laboral
Seudónimo: Pancho
Autor: Rafael Batista Pérez
Provincia: Veraguas



Doscientos Años de Desarrollo Laboral

**Viva el bicentenario
de liberación colonial,
celebración tan especial
de un pueblo visionario.**

La sociedad panameña
festeja doscientos años,
superando los peldaños
del éxito con que sueña.

Mi bella tierra istmeña
y su pueblo solidario
establecen su santuario
en la cultura laboral,
por el esfuerzo nacional,
viva el bicentenario.

Un cúmulo de esfuerzos
y sacrificios han sido
los que bien han permitido
vencer los tiempos adversos.
Hoy buscamos los refuerzos
para el bienestar social,
respetando el memorial
en el actual escenario,

con nuestro aniversario
de liberación colonial.

La clase trabajadora,
construyendo nuestra nación
nos llena de inspiración
por su alma luchadora.
Mi Patria también valora
la colaboración gremial,
con la justicia esencial
que no permite engaños,
cumplimos doscientos años,
celebración tan especial.

El desarrollo laboral
siempre debemos destacar,
a la pobreza atacar
de manera más integral.
Es la columna vertebral,
un aspecto necesario
del pueblo igualitario
que quieren los panameños,
doscientos años de sueños
de un pueblo visionario.

3er. Premio

Título: Crónica entre dos siglos

Seudónimo: Mariano

Autor: Porfirio Salazar

Provincia: Coclé



“CRONICA ENTRE DOS SIGLOS”

**ERAS ISTMO QUE VIVÍA
UNIDO AL TIEMPO DE ESPAÑA.
AMANECES EN LA HAZAÑA
CON LUZ HUMANA EN SU DÍA.**

1.

Entro, libre, a tu memoria
cuando en un cabildo abierto
independiente y liberto
te declaraste en la historia,
pero en tu senda de gloria
y de pesares te hundía
unirte, con hidalguía,
y ser, de Nueva Granada,
patio trasero, sin nada:

ERAS ISTMO QUE VIVIA.

2.

El acta de independencia
por Don Manuel José Hurtado
es letra de tu pasado,
un viento de adolescencia.
Por voluntad de conciencia
quisiste ser la montaña,
pero fuiste la cabaña
que en olvido permanece,
rumbo, sin voz, que estremece,
UNIDO AL TIEMPO DE ESPAÑA.

3.

Invasiones, tanta pena,
por unir mares profundos.
Mi patria, puente de mundos,
fue cielo, ruta y colmena,
y con el agua y la arena
tuvo un Canal que es entraña
de libertad que acompaña:
¡indio, negro, blanco y chino,
comunidad de su destino!

AMANECES EN LA HAZAÑA.

4.

El Canal trajo penurias,
ambición y otras pasiones,
unamos los corazones
al progreso, sin injurias.
Patria fuerte en dos centurias
ya no eres fuego que ardía
por ser bastión y vigía
de ruinas, sombra y bandera.
Creces, casa verdadera,
CON LUZ HUMANA EN SU DÍA.

CATEGORÍA ESCULTURA

Reseña histórica

En 1998 en su XVIII versión, el Certamen Nacional Artístico Cultural Obrero incluye la categoría de: ESCULTURA.

“En esta clase de certámenes, donde nuestro hombre anónimo da rienda suelta a su imaginación, enriquecido por el fragor de los días de jornadas, nos tropezamos, de repente, con aciertos singulares y motivaciones interesantes; quizás sea la frescura o la transparencia de las imágenes, sin artificios ni rebuscamientos que provoca una sensación de trascendencia y empatía para con los trabajadores aquí reunidos. En la simpleza y la sinceridad está la grandeza del hombre”. Jaime García Saucedo-1981

Primeros ganadores de la categoría escultura de 1998

1er. Premio: Linda Córdoba

2do. Premio: Luis León Miranda

3er. Premio: Jaime Pérez

1er. Premio

Título: Grito del progreso
Seudónimo: Guayacán
Autor: Verónica Amara Geneva Espinosa Arosemena
Provincia: Panamá
Técnica y materiales: Escultura en resina, con fibra de vidrio, talco, acero, luces y electricidad.
Tamaño: 48 x 38 cm.



2do. Premio

Título: Paso a paso construyendo nuestra Patria
Seudónimo: San Miguel Arcángel
Autor: Allan Ulises Cedeño
Provincia: Herrera
Técnica y materiales: Tallado en madera
Tamaño: 34 ½" de alto x 13" de ancho



3er. Premio

Título: Amada Patria 2
Seudónimo: AKM
Autor: Ariel Aníbal Jurado
Provincia: Chiriquí
Técnica y materiales: Mixta, hierro, concreto, policromada.
Tamaño: 38 x 99



GANADORES de ESCULTURA



1er. Premio
Escultura
Verónica Espinoza



2do. Premio
Escultura
Allan Ulises Cedeño



3er. Premio
Escultura
Ariel Aníbal Jurado

CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

Reseña histórica

En el 2015 se implementa esta nueva categoría con la finalidad de ampliar la participación y destacar el talento humano en esta rama, bajo el lema “Del Trabajo Informal a la Formalidad”, convirtiéndose esta en la máxima expresión de la cultura laboral en Panamá.

Primeros ganadores del 2015

1er. Premio: Ricardo Antonio Ortiz Atencio

2do. Premio: Elías Darío Mendoza Duarte

3er. Premio: Daniel Elías Martínez Bultrón

Jurados:

Tito Herrera

Lois Iglesias

Federico Galbraith

GANADORES DE FOTOGRAFÌA

1er. Premio:

Autor: Samuel Saucedo Carvajal

Seudónimo: Chame

Título: Confeccionando nuestro Emblema Nacional

Provincia: Panamá



2do. Premio

Autor: Melchor Herrera

Seudónimo: Miguel del Pilar

Título: Al Fresco

Provincia: Panamá



3er. Premio

Autor: Eileen Brathwaite
Seudónimo: Fin
Título: Con los pies en la tierra
Provincia: Panamá



GANADORES DE FOTOGRAFÍA



**1er. Premio
Samuel Saucedo**



**2do. Premio
Melchor "Tito" Herrera**



**3er. Premio
Eileen Brathwaite**

Jurados:

1. Cuento

- Nicolle Alzamora Candanedo
- Raúl Antonio Altamar Arias
- Edgar Augusto Soberón Torchía

2. Pintura

- Sonia Solanilla de Moreno
- Irving Lamparero
- David Vega

3. Poesía

- Rafael Eduardo Candanedo Acosta
- Leoncio Obando Quintero
- Genaro Villalaz García

4. Artesanía

- Robert Sumner
- Migdalia Woo Mojica
- Belis Melgar
- Ileana Forero

5. Décima

- Rafael Peña Arosemena
- Melquiades Villareal Castillo
- Donatilo Ballesteros Zarzavilla

6. Escultura

- Yahazel Del Carmen Duran
- Remi Omar Olaya Samaniego
- Víctor Manuel Martínez Vásquez

7. Fotografía

- Irene Chamorro
- Rodrigo Herrera

Menciones Honoríficas de Artesanía:

- Pilares de una nación. Víctor Álvarez
- 200 años de valor cultura y progreso. Maribel Martínez
- Cultivando Panamá. José Morán

Mención honorífica de Escultura:

- Antaño. Frank Muñoz. Los Santos
- Fulgor de Gloria. Charles Alfredo Bonilla. Panamá
- Al trabajo sin más dilación. Víctor Teucama. Panamá.

ANEXO

Gala de Premios 2021











CRÉDITOS
Por orden alfabético

ENLACES DEL IPEL

- 1 Arelys Núñez- Panamá Pacífico
- 2 Esteban Aguirre-Veraguas
- 3 Ileana Melgar-Herrera
- 4 Librada Concepción-Los Santos
- 5 Manuel Gómez-Minera Panamá Penonomé
- 6 Marielisa Serracin-Chiriquí
- 7 Marisabel Oses-Coclé
- 8 Querima Rivera-Colón
- 9 Richard Peralta -Panamá Oeste
- 10 Rolando Alfredo Robinson –Bocas del Toro
- 11 Stephanie Iturralde-Panamá Este.
- 12 Thomas Pérez-Panamá Norte.

SERVIDORES PÚBLICOS DEL IPEL

- 13 Alejandro Valdés
- 14 Alexis Ortega
- 15 Antonio Barrera
- 16 Bélgica Gallardo
- 17 Benjamín Ávila
- 18 César Del Vasto
- 19 Fabriel Morán
- 20 Fidel Cajar
- 21 Jorge Murillo-subdirector del IPEL
- 22 José Gordón
- 23 José Hassan
- 24 Leticia Villarreal
- 25 Lizzi Cedeño
- 26 Michell Guerra
- 27 María V. De León Valle
- 28 Migdalia Mendoza
- 29 Mixela Otero
- 30 Nilsa Martínez
- 31 Osiris Carvajal
- 32 Otniel García
- 33 Reinaldo Cerrud
- 34 Rodrigo Moreno
- 35 Román G. Gordón Randolph – director del IPEL
- 36 Víctor Torres
- 37 Yasuri Romero

Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral
Instituto Panameño de Estudios Laborales

INDICE

Introducción.....	1
Premios IPEL 2021	
Concepto y creación del afiche.....	2
Afiche promocional 2021.....	3
Promoción y Divulgación 2021	4
Galería de Arte IPEL.....	5
 Obras ganadoras 2021	
Categoría Cuento	6
1er. Premio: El legado de Itai	
Linda Maquivar Espinoza.....	7
2do. Premio: La libertad desde abajo	
Eduardo José Gil.....	23
3er. Premio: Un Alemán en la flor de la vida	
Carlos Winter Melo.....	40
 Categoría Pintura.....	57
1er. Premio Pintura	
Damián O. Rivas Meneses.....	58
2do. Premio Pintura	
Radames M. Pinzón.....	59
3er. Premio Pintura	
Manuel Serrano.....	60
 Categoría Poesía.....	62
1er. Premio: Altares de la patria	
Héctor Collado.....	63
2do. Premio: Partida de nacimiento a Rufina Alfaro en el Bicentenario	
Javier Alvarado.....	86
3er. Premio: Tinaja de Oro	
Aiban Jesús Velarde Chiari.....	101
 Categoría Artesanía.....	107
1er. Premio Artesanía	
Jorge Luis Camaño.....	108
2do. Premio Artesanía	
Wilfredo Martínez Vásquez.....	109
3er. Premio Artesanía	
Katia Rivera.....	110
 Categoría Décima.....	112
1er. Premio: Panamá la Patria mía	
Edy Ruiz Quintero.....	113
2do. Premio: Doscientos años de desarrollo laboral	
Rafael Batista Pérez.....	115

3er. Premio: Crónicas entre dos siglos	
Porfirio Salazar.....	118
Categoría Escultura.....	120
1er. Premio: Grito del progreso	
Verónica Espinoza.....	121
2do. Premio: Paso a paso construyendo nuestra patria	
Allan Ulises Cedeño.....	122
3er. Premio: Amada patria	
Ariel Aníbal Jurado.....	123
Categoría Fotografía	125
1er. Premio: Confeccionando nuestro emblema nacional	
Samuel Saucedo Carvajal.....	126
2do. Premio: Al fresco	
Melchor “Tito” Herrera.....	127
3er. Premio: Con los pies en la Tierra	
Eileen Brathwaite.....	128
Lista de Jurados según categoría	130
ANEXO GALA DE PREMIACIÓN IPEL 2021.....	131
Créditos.....	137
Índice.....	138



REPÚBLICA DE PANAMÁ

— GOBIERNO NACIONAL —

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**